



# América Latina: ¿a qué precio el pasado?\*

ALAN KNIGHT

Profesor de historia de América Latina, Universidad de Oxford

Traducción: Carlos José Restrepo

Investigación gráfica: Patricia Londoño

Y A todos conocemos esos rimbombantes títulos académicos —me refiero a los de los libros y los artículos, no a los de las personas— que nos seducen sólo para engañarnos luego. Por lo menos aquí, en nuestro particular campo de la historia, hemos visto últimamente un diluvio de obras cuyos títulos (astutos, afectados, alusivos y aliterados) no guardan proporción alguna con el contenido. En su guía para novatos que buscan ser publicados en Princeton, Robert Darnton suministra una lista útil (un ejemplo tomado al azar, que combina los dos puntos y la aliteración de rigor y cuyo autor no está presente, espero, en este recinto, dice: “Peligro, pestilencia y perfidia: la construcción del Lucknow colonial, 1856-77”)<sup>1</sup>. Yo me inclino más bien por los títulos directos y ordinarios, títulos que es mejor elegir después de haber escrito el texto. No obstante, para el caso de esta conferencia el título tenía que anteceder al texto (de hecho, la versión final dependía de la votación del Congreso de los Estados Unidos sobre el Tratado de Libre Comercio de América del Norte [TLC] [noviembre 17 de 1993])<sup>2</sup>. Así, pues, escogí uno deliberadamente indefinido, intencionadamente vacío: América Latina: ¿a qué precio el pasado? Sin metáforas de alto vuelo, aunque me declaro culpable de los dos puntos y el de aliteración. Además, debo subrayar que el título no implica la intención de elaborar ningún análisis finamente calculado de la relación costo-beneficio de la historia de América Latina, de la eficiencia de su producción en el Reino Unido o de su contribución a la balanza de pagos, aunque —si cabe aquí tocar un tema de interés local— no faltará el comité de evaluación de la educación superior que algún día mande hacer un análisis de este tipo<sup>3</sup>. Antes bien, el título sirve como una humilde percha para colgar de ella una breve disquisición que deseo ordenar en torno a dos preguntas pertinentes: la primera sobre la importancia de la historia de *América Latina* (con énfasis en las palabras *América Latina*); y la segunda sobre la importancia de la *historia* de América Latina (con énfasis en la palabra *historia*). La primera atañe a los historiadores (no dedicados a la América Latina) y la segunda a los latinoamericanistas, quienes no son historiadores.

Pero hagamos primero un preámbulo justificativo. No tenemos para el Nuevo Mundo un equivalente del término *orientalismo* de Edward Said<sup>4</sup>. La palabra *occidentalismo* tiene connotaciones muy diferentes. Sin embargo, los estereotipos y prejuicios registrados por Said tienen sus equivalentes para el Nuevo Mundo. Éstos son una multitud y vienen de tiempo atrás; y aunque algunos de ellos son irrisorios, no deja de ser grato fustigarlos. Sus primeras víctimas fueron los indígenas americanos, “cuya brutalidad —en palabras de un compañero de Colón— so-

Página anterior:

“América”, grabado en cobre de Adriaen Collaert, Amsterdam, c. 1595-1600 (tomado de: *El oro y la plata de las Indias en la época de los Austrias*, Madrid, 1999, pág. 285).

\* Conferencia inaugural dictada en la Universidad de Oxford el 18 de noviembre de 1993. Fue publicada originalmente por la editorial Clarendon Press, Oxford, 1994, a la cual expresamos nuestro agradecimiento por permitirnos traducirla y publicarla en español.

1. Robert Darnton, *The Kiss of Lamourette. Reflections in Cultural History*, Nueva York, W. W. Norton and Co., 1990, pág. 99.

2. El Tratado de Libre Comercio de América del Norte, que establece una zona de libre comercio para los Estados Unidos, Canadá y México, fue aprobado por el Congreso de Estados Unidos el 17 de noviembre de 1993 (la víspera de la conferencia de Knight en Oxford. Nota del traductor).

3. El mismo día en que se dictó esta conferencia, el Consejo para la Financiación de la Educación Superior terminó de hacer una evaluación de la enseñanza de la historia en Oxford.

4. Edward Said, *Orientalism*, Harmondsworth, Penguin Books, 1985.



"La humillación de Cortés" pintada dos siglos después por José Vivar y Valderrama, segunda mitad del siglo XVIII (Museo Nacional de Arte, *Los pinceles de la historia: El origen del Reino de la Nueva España, 1680-1750*, catálogo de exposición, junio-octubre, 1999, Ciudad de México, 1999, pág. 163).



Sir Richard Hawkins (c 1562-1622) retratado al cerrar el siglo XVI (*El oro y la plata de las Indias en la época de los Austrias*, Madrid, 1999, pág. 353).

bre pasa la de cualquier bestia del mundo”<sup>5</sup>. Pero los estereotipos despectivos no venían tan sólo de los primeros conquistadores, ni iban dirigidos exclusivamente contra los indios salvajes, ni fueron menguando con el tiempo. El conde de Buffon resumía en 1761 una arraigada tradición europea al describir a los indígenas americanos como una “especie insignificante, una especie de autómatas impotentes”, cuyo macho —“harto menos fuerte de cuerpo que el europeo”— no siente “ardor por las hembras de su género” por poseer —y aquí viene el insulto supremo— “un órgano reproductivo débil y reducido”<sup>6</sup>. El abate Raynal y el ilustrísimo Cornelius de Pauw fueron aún más lejos al considerar a los americanos, criollos e indios por igual, como víctimas de un inexorable proceso degenerativo propio del Nuevo

5. J. H. Elliot, *The Old World and the New, 1492-1650*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970, pág. 42.

6. William Brandon, *New Worlds for Old: Reports from the New World and Their Effect on the Development of Social Thought in Europe, 1500-1800*, Athens, Ohio University Press, 1986, págs. 155-156.



“Indio que recoge la cochinilla con una colita de venado”, dibujo anónimo del siglo XVII (Martha Davidson y otros, *Picture Collections: Mexico*, Nueva Jersey y Londres, 1988, p.s.n.).

Mundo<sup>7</sup>. Estos estereotipos reaparecen en Kant (los americanos “apenas si hablan [...] no les importa nada y son perezosos”), en Hegel y en el fundador de la *Historia moderna de Cambridge*<sup>8</sup>, lord Acton, quien aventuró la olímpica opinión de que en Hispanoamérica “la prodigalidad de la naturaleza resultó excesiva para la sociedad tropical y en sí no aportó nada a la mente humana” (opinión que, como señalaré más adelante, compartía Henry Kissinger)<sup>9</sup>.

En fin, por esta vía indirecta llegamos a los británicos. También ellos tuvieron una larga tradición de denigrar a América Latina y sus habitantes al mismo tiempo que se iban afincando como “señores de la raza humana”, según el apelativo de Victor Kiernan<sup>10</sup>. “Nos equivocamos —decía en 1835 un diplomático británico en Río de Janeiro— si creemos que las repúblicas suramericanas son mucho mejores en cuanto a organización, lealtad nacional y civilización que los países de Berbería”<sup>11</sup>. En 1850, Palmerston echaba en un mismo saco a Sudamérica, China y Portugal, calificándolos de “gobiernos semicivilizados [...] [que] hay que vapulear cada ocho o

7. *Ibid.*, págs. 107, 155-158.

8. Se refiere a una obra publicada en varios volúmenes. (Nota del editor inglés).

9. Brandon. *New Worlds for Old*, pág. 156; lord Acton. *Lectures on Modern History*. Gloucester (Mass.). Peter Smith, 1975, pág. 77.

10. V. G. Kiernan. *The Lords of Human Kind*, Londres, The Cresset Library, 1988.

11. Rory Miller. *Britain and Latin America in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Harlow, Longmans, 1993, pág. 50.



Ataque del almirante holandés Jakob Wilkens a San Salvador (Bahía) el 9 de mayo de 1624, pintado en Amberes por Andries van Eertvelt (*El oro y la plata de las Indias en la época de los Austrias*, Madrid, 1999, pág. 657).

diez años para meterlos en cintura, [ya que] sus mentes son demasiado superficiales como para recibir una impresión que perdure más allá de este lapso. Poco caso hacen de las palabras; y no sólo deben ver la vara, sino también sentirla físicamente en las espaldas”<sup>12</sup>. (A propósito, esta mala opinión podía tener consecuencias benéficas, pues podía producir un efecto disuasivo sobre los proyectos de conquista o sobre la incorporación oficial al imperio: así pasó, por ejemplo, cuando por los años de 1840 Palmerston rechazó el ofrecimiento de convertir al Uruguay en un protectorado. De modo similar, el racismo de los Estados Unidos podía tanto contener como legitimar el imperialismo: J. C. Calhoun se opuso a los planes de anexionar a México en ese mismo decenio, porque eso traería a la Unión, según dijo, “una sangre mezclada, ignorante e inhábil para la libertad, razas impuras, no tan buenas como los choctaws y los cheroquies”<sup>13</sup>. Actitudes comparables, pero atenuadas y modernizadas, han dado color a la oposición en Estados Unidos contra el TLC, en época más reciente).

En términos generales, Gran Bretaña evitó establecer oficialmente un imperio en la América Latina; pero, como han sostenido algunos historiadores, ejerció de hecho una especie de predominio extraoficial a lo largo del siglo XIX, tiempo durante el cual los comentarios peyorativos se produjeron a granel. El porteño, o habitante de Buenos Aires, “sería de lo más servicial, de no ser por su indolencia —escribió Alexander Caldecleugh en 1820—, y de lo más amable, si tuviese el mínimo dominio de sus pasiones”<sup>14</sup>. En opinión del cónsul general de Gran Bretaña en Caracas, los venezolanos eran “ignorantes, perezosos y plagados de vicios”... y, desde luego, la mayoría negros. La prensa venezolana era injuriosa; la justicia, venal, y el gobierno, despótico<sup>15</sup>. Al visitar a Lima hacia 1820, Robert Proctor se escandalizó con las “dan-

12. Ibid., pág. 51.

13. Frederick Merk, *Manifest Destiny and Mission in American History*, Nueva York, Vintage Books, 1963, pág. 162.

14. Desmond Gregory, *Brute New World: The Rediscovery of Latin America in the Early Nineteenth Century*, Londres, British Academic Press, 1992, pág. 17.

15. Ibid., pág. 130.



“Virgen de Guadalupe con reyes y caciques”. Óleo sobre tela de autor anónimo, c 1740 (Museo Nacional de Arte, *Los pinceles de la historia: De la patria criolla a la nación mexicana, 1750-1860*, catálogo de exposición, noviembre 2000-marzo 2001, México, 2000).

zas impúdicas” de las mujeres (la mayoría mulatas) y con la redomada holgazanería de los hombres. “Nunca —concluyó— ha existido un pueblo más negado para el trabajo activo útil”<sup>16</sup>. El cónsul general británico en la misma ciudad pensaba que los indios eran bastante amigables, aunque incultos, serviles, endeblés, flojos y perdidamente “sujetos a los curas”. No obstante, reconocía que en general los limeños estaban “libres de la arrogancia presumida de los bonaerenses”<sup>17</sup>. *Plus ça change...*

Así pues, se repite la misma cantinela: hedores, intolerancia religiosa y pereza congénita: tufaradas, campanadas y nativos inactivos. Es claro que los estereotipos imperiales no se circunscribían al imperio oficial. Más sorprendente es quizá la longevidad de estos estereotipos y su persistencia incluso en círculos presunta-

16. *Ibid.*, pág. 79.

17. *Ibid.*



“Sor Juana Inés de la Cruz”. óleo sobre tela por Miguel Cabrera, siglo XVIII (Castelló Yturbide y otros, *Delicias de Antaño. Historia y recetas de los conventos mexicanos*, México, 2000).

mente ilustrados. Haciendo gala de su vasta experiencia imperial, el enviado británico en México durante la revolución de 1910-1920 describía al célebre caudillo revolucionario Francisco Villa como un “perro rabioso, un mulla loco”<sup>18</sup>, “un malayo en trance de amok”<sup>19</sup>. La convención revolucionaria de Aguascalientes de 1914 —equivalente mexicano, podría ser, de los debates de Putney de Inglaterra<sup>20</sup> o de la Asamblea Nacional revolucionaria de Francia— “se parecía más que todo al congreso de monos que describe el señor Kipling en el *Libro de la selva*”<sup>21</sup>. Diez años después, cuando W. Osbaldeston Mitford salía de Londres para asumir su cargo en la embajada británica en Ciudad de México, recordaba cómo “los miembros de mi club” —“personas [añade él] que han viajado ampliamente por Europa, de un alto grado de cultura general y aceptablemente bien informadas sobre los asuntos mundiales”— expresaron su horror: “Si te aventuras fuera de la capital

18. Los británicos llamaban “mullas locos” (*mad Mullahs*) a los jefes de las insurrecciones de fronteras de la India (1897-1898) y de los alzamientos de Somalia (1899-1910). El mulla es un doctor de la ley musulmana. (Nota del traductor).

19. Acceso de locura homicida, en lengua malaya. Esta palabra ha sido incorporada al español (véase *Drac*, 2001). (Nota del traductor).

20. Los debates de Putney tuvieron lugar durante la guerra civil inglesa del siglo XVI entre grupos del ejército parlamentario y representan una muestra importante de las filosofías políticas en juego durante esta guerra. (Nota del editor).

21. Hohler, Ciudad de México, al Foreign Office, 20 de octubre de 1914, 17 de enero de 1917, fols. 371/2031, 68897, fols. 371/2959, 41521.



*Indio Cholo.*

22. W. B. J. Osbaldeston Mitford, *Dawn Breaks in Mexico*, Londres, Cassel, 1945, pág. 5.

23. El embajador británico en Brasil confesaba en 1945 que "en horas de desesperación me pregunto a veces si la democracia es realmente un sistema de gobierno apropiado para este pueblo iletrado, frívolo y venal pero encantador": Leslie Bethnell, "Brazil", en *Latin America Between the Second World War and the Cold War, 1944-1948* (Leslie Bethnell y Ian Roxborough [eds.]), Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pág. 54.

Indio cholo, según una de las estampas incluidas en *El viajero universal o noticia del mundo antiguo y nuevo*. Obra recopilada de los mejores viajeros por D.P.E.P., vol. XIII, Madrid, 1797, pág. 52.

[cosa que, dicho sea de paso, rara vez hacían los representantes británicos] te meterán en la olla de un caníbal o te sacrificarán en el altar pagano de algún dios de los indios"<sup>22</sup>. Estos prejuicios no se limitaban a México<sup>23</sup> ni eran tampoco



“Batalla de Calibío, 1814”, óleo sobre tela pintado c 1845-1860 por José María Espinosa, quien fue abanderado de Nariño (Beatriz González, *José María Espinosa. Abanderado del arte en el siglo XIX*, Bogotá, 1998, pág. 177).

exclusivos de los diplomáticos. En las décadas de 1920 y 1930 los tres principales novelistas británicos, D. H. Lawrence, Graham Greene y Evelyn Waugh, realizaron viajes a México; y los tres escribieron recuentos displicentes que combinaban la incomprensión política, la arrogancia cultural (si no racista) y ese desdén elitista por la muchedumbre sucia que John Carey ha resaltado recientemente, dentro del contexto literario británico, y que se agudizaba cuando la muchedumbre sucia eran los retrógrados indios mexicanos de aspecto de lagartos y ojos de obsidiana y los mestizos demagogos y corruptos que, como los *babus* del subcontinente de la India, codiciaban el poder y proferían una palabrería demagógica nacionalista y revolucionaria<sup>24</sup>.

Hoy en día somos más educados, más políticamente correctos, como hay que ser. Pero la incomprensión y los estereotipos siguen en pie, incluso donde menos se espera. No es ninguna sorpresa que los carteles publicitarios se rebajen a la ridiculez; que —y debo este ejemplo a un discurso del secretario de Asuntos Exteriores— los avisos de cigarrillos fomenten la lealtad a una marca con el eslogan: “Si quieres una revolución, vete a Sudamérica”<sup>25</sup>. Así y todo, es de suponerse que los publicistas responsables de estos lemas son, como los miembros del club de Osbaldeston Mitford, hombres “de un alto grado de cultura general y aceptablemente bien informados sobre los asuntos mundiales”.

Peor aún: hay ejemplos actuales en círculos más doctos. “Una de las explicaciones más sencillas de la ficción de América Latina en los años del *boom* —escribía hace poco Richard Gott— es la de que la sociedad burguesa latinoamericana, de la cual provienen todos sus escritores famosos, sigue firmemente asentada en el siglo XIX.

24. Hay crónicas en D. H. Lawrence, *Mornings in Mexico*, Nueva York, Knopf, 1927; Graham Greene, *The Lawless Roads*, Harmondsworth, Penguin Books, 1971; Evelyn Waugh, *Robbery Under Law: The Mexican Object Lesson*, Londres, Chapman, 1939; véase John Carey, *The Intellectuals and the Masses. Pride and Prejudice among the Literary Intellectuals, 1880-1970*, Londres, Faber and Faber, 1992.

25. Discurso de Douglas Hurd ante la Cámara de Comercio de Londres, mayo de 1993.



Cacería de ñandúes en la pampa (*Picturesque illustrations of Buenos Aires and Montevideo, consisting of the scenery, and of the costumes and manners of the inhabitants of those cities and their environs*, by E. E. Vidal, Esq., Londres, 1820, pág. 71).

La escena provinciana en la América Latina del presente no es muy distinta de la Normandía de Flaubert, repleta de Emmas Bovary”. En resumen, la América Latina es un “continente sin reformar” (me gustaría saber qué cosa sería un continente “reformado”). Es, concluye Gott, un continente “donde la Europa decimonónica se ha conservado en gelatina”... y, sería de suponerse entonces, un continente de valores victorianos<sup>26</sup>. Este razonamiento resulta extraño tratándose de un escritor y periodista —sin duda alguna un hombre “de un alto grado de cultura general y [más que] aceptablemente bien informado sobre los asuntos mundiales”— que hizo sus primeras armas periodísticas investigando los movimientos guerrilleros de América Latina de los años sesenta y que en la cubierta de la relación que publicó al respecto se nos anuncia como “el primer periodista que identificó positivamente el cadáver del Che Guevara cuando aún yacía, sangriento y acribillado por las balas, en una mesa improvisada en Vallegrande (Bolivia), en el mes de octubre de 1967, rodeado de oficiales castrenses que disparaban sus cámaras, de una monja que soltaba risillas nerviosas y del antiguo dueño de un cabaré de La Habana convertido en agente de la Cia”<sup>27</sup>. No es ésta propiamente la historia cotidiana de unos lugareños flaubertianos.

Por último, en esta lista corta y deprimente permítanme citar al doctor Anthony Pagden, del King’s College de Cambridge, cuya reseña de la *Cambridge History of Latin America*, vol. VII (una de esas reseñas que no dicen nada del libro pero sí mucho del reseñador) contiene un fárrago de viejos estereotipos<sup>28</sup>. La América Latina de Pagden vive en el “caos y los conflictos políticos” y en la “guerra civil casi permanente”, se entrega a “grotescos juegos políticos” y carece de “partidos políticos consolidados o clases políticas sofisticadas” (deficiencia que se hacía evidente, cómo no, en las cumbres Estados Unidos-México, por ejemplo, cuando José

26. Richard Gott, “Distorting Mirrors”, en *The Guardian*, Londres, 28 de septiembre de 1993, pág. 20.

27. Richard Gott, *Rural Guerrillas in Latin America*, Harmondsworth, Penguin Books, 1973, págs. 20-21.

28. *The London Review of Books*, 13/11, 13 de junio de 1991, págs. 26-27.



Hidalgo, el cura del pueblo de Dolores, provincia de Guanajuato, célebre por su carrera revolucionaria en pro de la Independencia. Litografía hecha por Claudio Linati, el italiano que introdujo esta técnica a México en el decenio de 1820 (*Claudio Linati: acuarelas y litografías*, México, 1993, pág. 83).

López Portillo se reunía con Ronald Reagan, o Carlos Salinas de Gortari con George Bush). Para Pagden, las elites latinoamericanas son unas traidoras culturales que hablan un “horrible *spanglish* híbrido”, que toman coca-cola y desayunan con *cornflakes*. Como le respondió un lector: ¿con qué desayunan en el King’s College de Cambridge? ¿Con cisne relleno de cerceta?<sup>29</sup>.

Pagden es, claro, ante todo, un historiador del imperialismo temprano español (y europeo). Por tanto, para ser ecuménicos, como hay que ser, habría que decir que es una especie de latinoamericanista. Para ser uno de ellos, sus estereotipos

29. Malcolm Deas, en *The London Review of Books*, 13/12, 27 de junio de 1991, pág. 4.



Escudo alegórico de autor anónimo, dedicado a Bolívar en 1825. Lo conserva el Instituto Nacional de Cultura en Cuzco (*Art in Latin America. The Modern Era, 1820-1980*, Nueva Haven y Londres, 1989, pág. 15).

son particularmente ásperos y vistosos. Pero en ese campo también abundan otros estereotipos de carácter más sutil y que a veces aquejan a los propios latinoamericanos. Los más comunes e insidiosos provienen de enfoques demasiado normativos, de la predisposición a sermonear, de decirles a los latinoamericanos dónde fallaron, dónde, verbigracia, hicieron lo que no debían hacer y dónde, siendo éste el caso más frecuente, dejaron sin hacer lo que debían hacer. Los terratenientes no consiguieron ser emprendedores e innovadores: como los anglosajones de Carlyle, “contoneándose por ahí en su panzuda imperturbabilidad”, holgaron en su indolencia señorial sin recorrer la así llamada “vía Junker” hacia la modernización agraria. Siguiendo este mal ejemplo, la burguesía permaneció inactiva e importadora cuando ha debido ser hegemónica y nacionalista.



“Negra tatuada vendiendo caju”, Río de Janeiro, c 1827 (Acuarelas de Jean Baptiste Debret. *La ciudad y el trabajo*, Museo Nacional de Colombia, Bogotá, 27 de abril a 21 de mayo de 1995).

El movimiento de los trabajadores no alcanzó a ser revolucionario y el Estado se apropió de él (un estudio reciente se toma 877 páginas para trazar los diferentes caminos de la apropiación y la incorporación)<sup>30</sup>. Los esclavos no se sublevaron y los indígenas se refugiaron en el fatalismo resentido. “Sin importar las inclinaciones políticas del autor —escribe William Taylor—, en [los] viejos textos los indios eran tratados como laminillas de oro: objetos inertes, maleables y valiosos que los encomenderos, hacendados, mineros, comerciantes y oficiales de la corona podían acopiar y gastar”<sup>31</sup>.

Como lo indica Taylor, estos estereotipos cubrían todo el abanico político. Mientras que los historiadores conservadores ignoraban o desdeñaban a las clases inferiores, la izquierda tendía a pintarlas como las impotentes víctimas de unas elites explotadoras, en especial extranjeras. De este modo, según prosigue Taylor, se conformó toda una serie de “dicotomías deformantes”: la leyenda negra de la opresión española, contrapuesta a la defensa hispanista de la “misión civilizadora” de ese país; los ataques a la dependencia, enfrentados a las apologías del libre comercio y la integración de mercados; la reforma contra la revolución, la metrópoli contra los satélites, feudalismo versus capitalismo, federalismo versus centralismo<sup>32</sup>. Una buena cantidad de esos estereotipos provienen de la izquierda, una izquierda que ha permitido que el dogma anule el dato. Estas imposiciones arbitrarias no se limitan a la América Latina, desde luego. La historia en Inglaterra —como nos lo recuerda la polémica de Thompson con Nairn y Anderson— está familiarizada con esta clase de caligrafías historiográficas, con esas críticas a las clases sociales, que no siguen la coreografía aprobada<sup>33</sup>.

30. David Collier y Ruth Berins Collier, *Shaping the Political Arena*, Princeton, Princeton University Press, 1991.

31. William Taylor, “Between Global Process and Local Knowledge: An Inquiry into Early Latin American Social History, 1500-1900”, en *Reliving the Past: The Worlds of Social History* (Olivier Zunz [ed.]), Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1985, pág. 142.

32. *Ibid.*, págs. 117, 160.

33. E. P. Thompson, “The Peculiarities of the English”, en *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres, Merlin Press, 1985, pág. 142.



Simón Bolívar retratado por José María Espinosa, c 1830 (Museo Nacional, Beatriz González, *José María Espinosa. Abanderado del arte en el siglo XIX*, Bogotá, 1998, pág. 115).

Pero la América Latina es, pienso yo, más vulnerable a esas imposiciones normativas. En parte porque su historiografía es a menudo altamente ideológica, ligada a proyectos políticos contrarios incluso a los partidos, y por lo tanto más francesa que inglesa en su tono; y en parte porque su base archivística y empírica es más débil y propicia los vuelos de la imaginación ideológica. La naturaleza odia el vacío historiográfico; y si los historiadores razonables no lo llenan, podemos estar seguros de que lo harán los corifeos, los polemistas y los defensores interesados. Si el Paraguay del siglo XVIII es para Voltaire otro chistoso ejemplo de la malevolencia europea, el Paraguay del siglo XIX era para el profesor Richard White la prueba viva de las virtudes de la autarquía y los males de la dependencia, contra



“El barón de Courcy en las monjas de Atotomilco”, acuarela sobre papel de Johann Moritz Rugendas, 1832 (Arte de México, núm. 31, *El viajero europeo del siglo XIX*, coordinado por Pablo Diener, Ciudad de México, 1996, pág. 6).

los cuales, nos informa, su dictador el doctor Francia —el único hombre, entre paréntesis, que ha intentado sobornar a la Cámara de los Comunes con una paca de hierba mate— luchaba como si fuera un lúcido precursor de la Cepal en la industrialización para sustituir importaciones<sup>34</sup>. Si los adversarios intelectuales urbanos como Sarmiento pensaban que los caudillos del siglo XIX eran epítomes de la barbarie, cabecillas de hordas rústicas y violentas que ponían en peligro una frágil civilización (imagen ésta que es frecuente en los despachos diplomáticos británicos de la época y también en la historiografía británica reciente)<sup>35</sup>, los “dependistas” y radicales *enragés* de hoy en día retratan a esos mismos caudillos

34 Richard A. White, *Paraguay's Autonomous Revolution, 1810-1840*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1978. Gregory, en *Brute New World*, pág. 12, relata el soborno.

35 John Lynch, *Caudillos in Spanish America, 1800-1850*, Oxford, Clarendon Press, 1982.



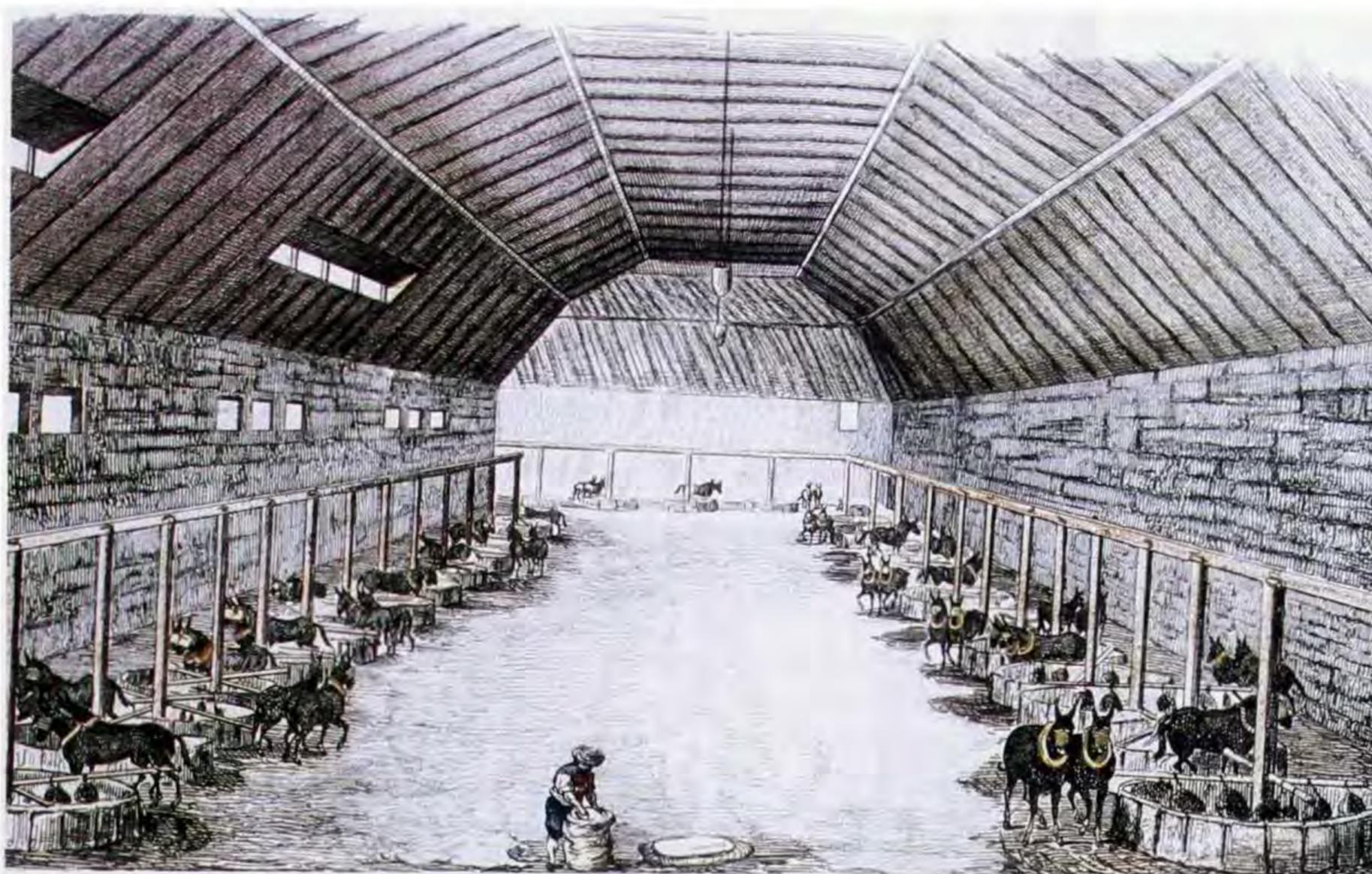
“Manera de viajar en Yucatán”, litografiada por Beer para el libro del viaje de Frédéric Waldeck, c 1833-1836 (Iturriaga, José N., *Litografía y grabado en el México del XIX*, t I, Ciudad de México, 1993, pág. 128).

como portadores de la cultura popular, defensores del pueblo y baluartes contra un insidioso cosmopolitismo liberal.

Así, por ejemplo, de acuerdo con el profesor Bradford Burns, de la Universidad de California en Los Ángeles, el presidente Manuel Belzú, de Bolivia (de quien, según palabras suyas, “aún sabemos muy poco”, si bien, cosa que sí sabemos, encabezó ocho de las quince revueltas del “año rojo” de 1848), fue un tribuno del pueblo, en particular del pueblo indígena, un tribuno popular, nacionalista y proteccionista que se anticipó casi un siglo entero al futuro<sup>36</sup>. Cuando los pobres de Cochabamba se amotinaron, comenta con ardiente aprobación el profesor Burns, “Belzú excusó los saqueos diciendo que eran ‘la justicia imparcial del pueblo’”. Muy bien, pero uno se pregunta si ese populismo profesoral se extendería también a los amotinados de carne y hueso de la vuelta de la esquina allá en Los Ángeles. Uno sospecha que en América Latina, al igual que en Europa, el deseo de estar del lado del pueblo puede llevar a un cómodo populismo de sillón, a un romántico “turismo de barriada” cultural, tanto más atractivo por cuanto las barriadas no son las del lado este de Los Ángeles y los amotinados no son pandillas de negros ni de motociclistas, sino más bien unos exóticos caudillos suramericanos y sus lejanos seguidores. Una cosa es estar “del lado del pueblo” en el sentido totalmente legítimo de recuperar una historia popular olvidada y otra muy diferente es hacer exhibición del propio populismo y meterle por las narices al lector las ideas normativas que uno ostenta. La “valorización” del pueblo y la cultura popular —para tomar prestada la palabra clave de un reciente debate de la revista *Past and Present*— es justa y apropiada cuando se trata de la valorización *historiográfica*, de rescatar al “pueblo” de la “enorme condescendencia de la posteridad”<sup>37</sup>. Sin embargo, es gratuita y cuestionable cuando se trata

36. E. Bradford Burns, *The Poverty of Progress. Latin America in the Nineteenth Century*. Berkeley, University of California Press, 1983, págs. 108-109. James Dunkerley hace una estimación de las revueltas en “Reassessing Caudillismo in Bolivia, 1825-79”, en *Political Suicide in Latin America and Other Essays*. Londres, Verso, 1991, pág. 153.

37. William Beik y Gerald Strauss, “Debate: The Dilemma of Popular History”, en *Past and Present*, num. 141, noviembre de 1993, págs. 209, 216. La cita es, desde luego, de E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*. Harmondsworth, Pelican Books, 1968, pág. 13.



“Hacienda en Salgado”, uno de los grabados del libro *Voyage pittoresque dans les deux amériques* de M. Alcide D’Orbigny, París, 1836, pág. 438).

de la valorización *normativa*; es decir, cuando vocea las preferencias por ciertos autores y se transforma en mitología, en lo que William McNeill llama “el pasado como lo deseamos, reducido a la simplicidad segura de una contienda de los buenos contra los malos, de ‘nosotros’ contra ‘ellos’<sup>38</sup>.”

Estos son “pecados de obra” historiográficos: la expurgación de América Latina, la historia como escritura de sermones actuales. Pero también hay “pecados de omisión”. Obviamente, sería un etnocentrismo invertido reprocharles, digamos, a los estudiantes de las revoluciones francesa y rusa el que no sepan nada de las de México y Cuba, a pesar de los interesantes paralelos que podría presentar tal comparación. El hecho es que la historiografía europea es más copiosa (lo que no siempre quiere decir que sea más refinada) y no es nada raro que en una era de creciente especialización el historiador europeo, encorvado sobre verdaderas montañas de fuentes primarias y secundarias, pueda sufrir de una leve miopía. Asimismo, los acontecimientos de la historia europea —los propios *explananda*— tuvieron un efecto mucho mayor sobre América Latina que viceversa. Los revolucionarios mexicanos emulaban conscientemente a los franceses (citando a Danton, estableciendo comités de seguridad pública); y los cubanos, por su parte, copiaron la planeación centralizada de los soviéticos con resultados bastante catastróficos. Si el curso de la historia, como la marcha del imperio, tiende hacia el occidente, es lógico que los historiadores latinoamericanos se sumerjan en las obras de los historiadores europeos, aunque lo contrario no ocurra casi nunca.

Pero hay pecados de omisión menos veniales, descuidos no del todo benignos. Pongamos por caso las grandiosas y seductoras síntesis de los últimos años: Barrington Moore, que se aventura a hacer un comentario de paso pero sugestivo

38. William H. McNeill, *Mythistory and Other Essays*, Chicago: University of Chicago Press, 1980, pag. 13.

sobre los regímenes semiparlamentarios de América Latina: Theda Skocpol, cuyas referencias a las revoluciones latinoamericanas son pocas y equivocadas; Immanuel Wallerstein, cuyas ampulosas divagaciones se las arreglan para combinar la nebulosidad teórica con el error empírico, como han señalado tanto Laclau como Stern<sup>39</sup>. Entre los sociólogos que han “captado la historia” en épocas recientes me vienen a la mente Anthony Giddens y Michael Mann, ninguno de los cuales ha captado mucha historia de América Latina<sup>40</sup>; no obstante que, para el caso de Giddens, el tema elegido “el Estado-nación y la violencia” pide a gritos algún material sobre Latinoamérica. Entre los grandes generalizadores, tan sólo Benedict Anderson (breve pero provechosamente), Eric Hobsbawm (innovadora pero esporádicamente) y Eric Wolf (seria y sistemáticamente) han conseguido integrar a la América Latina en los marcos explicativos más amplios del nacionalismo, el bandolerismo, la rebelión y el desarrollo social general<sup>41</sup>.

Pero, ¿son estos pecados —tanto de obra como de omisión— veniales o mortales? ¿Tienen de veras importancia? ¿A quién le importa que se ignore o se difame la historia de América Latina? Bajo esta crítica hasta aquí negativa subyacen algunas suposiciones positivas que la justifican de manera implícita. Un viejo amigo mío del Centro de Población de la Universidad de Texas solía llevar una chillona camiseta anaranjada con el eslogan: “Los demógrafos tejanos cuentan”. La suposición mía es que los historiadores de la América Latina también cuentan; que el pasado de la América Latina es importante, que debería ocupar un lugar prominente en los campos más amplios de la historiografía, por un lado, y de los estudios latinoamericanos por el otro. Pero, ¿cómo se podría justificar en forma racional esta suposición? ¿Por qué, volviendo a la primera pregunta, los historiadores deben prestarle atención a la historia de América Latina más bien que a la de, por decir algo, el Levante o Lincolnshire? Un público cosmopolita y de criterios amplios como el presente sin duda encontrará redundante esta pregunta. Con todo, he de recordar que el actual Profesor Regio advirtió en su lección inaugural sobre el peligro de un “provincialismo furtivo” y que su antecesor, sir Michael Howard, tomando nota del “substrato anglocentrista” de los estudios históricos en Oxford, observó que, puesto que la historia es una “extensa cadena... los eslabones que se encuentran cronológica o geográficamente más cerca de nosotros no pueden reclamar la atención prioritaria del historiador profesional”<sup>42</sup>. Un repaso sumario del cuerpo docente, la lista de materias y el reglamento de exámenes de la Universidad de Oxford no indica que la América Latina tenga aquí una excesiva representación, más aún si tenemos en cuenta que hablamos de una entidad que comprende veinte repúblicas, veintiún millones de kilómetros cuadrados y una población que se aproxima a los quinientos millones de personas (entre ellas el cuarenta por ciento de los católicos del mundo), que ostenta quinientos años de historia registrada en documentos, a menudo bien detallados, y cuyas unidades nacionales, que hacen gala de casi doscientos años de independencia, son más antiguas y están más establecidas que la gran mayoría de los estados no sólo de Asia y África sino también de Europa. Éstos son, desde luego, unos toscos argumentos positivistas. Al contrario de lo que pensaba el conde de Buffon, el tamaño no lo es todo. Lo pequeño puede ser historiográficamente bello. Se han escrito obras clásicas sobre países pequeños. Después de todo, Gibbon estuvo a punto de escribir la historia de Suiza en vez de la de Roma<sup>43</sup>. Aunque a la postre optó, claro, por el imperio romano.

Ahora bien: hay razones más sutiles que no son cuantificables pero sí son de peso para darle importancia a la América Latina... y para despojarla de los estereotipos que recubren como lapas su masa de cetáceo. Estas razones apuntan en

39. Barrington Moore Jun., *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Harmondsworth, Penguin Books, 1969, pág. 438, nota 4 (Nicos P. Mouzels da un interesante desarrollo a esta observación en *Politics in the Semi-Periphery: Early Parliamentarism and Late Industrialisation in the Balkans and Latin America*, Londres, MacMillan, 1986); Theda Skocpol, *States and Social Revolutions*, Cambridge, Harvard University Press, 1979, págs. 286-288, 291; Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Nueva York, Academic Press, 1974, cf. Ernesto Laclau, “Feudalism and Capitalism in Latin America”, en *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism-Fascism-Populism*, Londres, NLB, 1977, págs. 15-50, y Steve J. Stern, “Feudalism and the World System in the Perspective of Latin America and the Caribbean”, en *American Historical Review*, 93: 4, octubre de 1988, págs. 829-872, seguido por Wallerstein, “Comments on Stern’s Critical Tests”, págs. 873-885, y Stern, “Reply: ‘Ever More Solitary’”, págs. 886-897.

40. Michael Mann, *The Sources of Social Power, vol. 1, A History of Power from the Beginning to A.D. 1760*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, y Anthony Giddens, *The Nation-State and Violence*, Berkeley, University of California Press, 1987.

41. Benedict Anderson, *Imagined Communities*, Londres, Verso, 1983, cap. 4; E. J. Hobsbawm, *Bandits*, Harmondsworth, Pelican Books, 1972, y “Peasants and Politics”, *Journal of Peasant Studies*, 1: 1, octubre de 1973, págs. 3-22; Eric R. Wolf, *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Londres, Faber, 1971, y *Europe and the People Without History*, Berkeley, University of California Press, 1982.

42. John Elliot, “National and Comparative History, lección inaugural dictada en la Universidad de Oxford el 10 de mayo de 1991; Michael Howard, “The Lessons of History”, lección inaugural dictada en la Universidad de Oxford el 6 de marzo de 1981. (La lección de Elliot fue traducida para la revista *Historia y Sociedad*, Medellín, diciembre de 1999. Nota del editor).

43. Edward Gibbon, *Autobiography of Edward Gibbon*, Oxford, Oxford University Press, 1962, pág. 120. Véase la glosa de J. H. Plumb en *The Death of the Past*, Londres, MacMillan, 1969, pág. 128.



“Alameda de Tajamar, Santiago de Chile” (M. Alcide D’Orbigny, *Voyage pittoresque dans les deux amériques*, París, 1836, pág. 310).

particular al tema de la historia comparativa, que con tanta elocuencia examinó el Profesor Regio en la mencionada lección inaugural. Para justificar la historiografía sobre la América Latina ante los historiadores, yo pondría, por tanto, especial énfasis en los problemas comunes que enfrentamos y que sugieren que, lejos de ser un gueto de lo exótico, una tenebrosa zona periférica, un telón de fondo para las fantasías o un púlpito para los sermoneos, más bien debiéramos considerarla en función de los temas, problemas y debates historiográficos que de hecho se traslapan o corren paralelos con los de otras áreas del planeta, entre ellas Europa. En efecto, se podría sostener que el continente hace de puente cultural entre la Europa occidental y el así llamado tercer mundo. Sería, en palabras de Alain Rouquié, *l’extrême occident*. Ciertamente, la América Latina es una región menos beneficiada —pero también menos agobiada— por la proliferación de investigaciones primarias. Los archivos nacionales y provinciales, hartos más accesibles hoy que hace treinta años, son filones en potencia para quienes estén dispuestos a sufrir los rigores e incertidumbres de la investigación archivística. En este sentido, América Latina sigue siendo una frontera historiográfica inexplorada: relativamente agreste, baldía y azarosa, comparada con la seguridad civilizada del huerto intensamente cultivado de Europa; un lugar donde el investigador puede necesitar el equivalente del machete en lugar de la horca de jardinero, pero así y todo un lugar donde en lo substancial brotan los mismos interrogantes y discusiones y donde, a pesar del desequilibrio comercial tradicional condigno del tráfico de mercancías siempre hacia el occidente, los latinoamericanistas pueden producir cosechas que encuentren un mercado hasta en una Europa densamente poblada y exigente.



“Castillo de Chapultepec”, litografía de Pierre-Frédéric Lehnert, basada en un óleo de James Walker, testigo ocular de la batalla de Chapultepec en 1847 (*Álbum pintoresco de la república mexicana*, México, 2000).

Permítanme ofrecer unos cuantos ejemplos. El año pasado se hicieron grandes esfuerzos para la conmemoración —y a veces para celebraciones de mal gusto— de los quinientos años del desembarco de Colón en América. Esta reunión de las mitades separadas de la raza humana trajo consigo un encuentro único (para emplear el término semioficial) que ha generado controversias prácticamente desde el momento en que ocurrió. La sociedad latinoamericana se construyó sobre ese conflicto y fusión étnicos, complicados aún más por la afluencia masiva de esclavos negros. Los temas de la raza y la identidad son, por tanto, centrales en la historia del continente. Fue en el Nuevo Mundo donde nacieron en cierto sentido la etnografía y la antropología, cuando los primeros frailes trataron de entenderse con las sociedades y culturas indígenas, y los sabios de Europa, enfrentados a una sociedad global acrecentada, tuvieron que habérselas con “lo otro”, tuvieron que —como se nos informó el año pasado— construir discursivamente una “alteridad”<sup>44</sup>. Cosa que, como hemos visto, con frecuencia hacían en términos bastante despreciativos.

La consecuencia inmediata de la conquista fue, por supuesto, la despoblación en gran escala, a medida que los indígenas americanos expiaban el “peligroso privilegio” de su largo aislamiento de las enfermedades europeas. “Los indios mueren con tal facilidad —comentaba un misionero alemán—, que les basta con ver y oler a un español para entregar el alma”<sup>45</sup>. Aunque diezmados, los indios no se extinguieron; ni su posterior papel subordinado fue puramente pasivo. El régimen colonial se ejerció sobre una compleja mezcla racial (la misma idea de una masa “india” indiferenciada fue una invención europea), a partir de la cual el régimen intentó conformar una rígida “pigmentocracia”. Pero, como sostiene de modo con-

44 Margaret T. Hogben, *Early Anthropology in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*. Filadelfia. University of Pennsylvania Press, 1964.

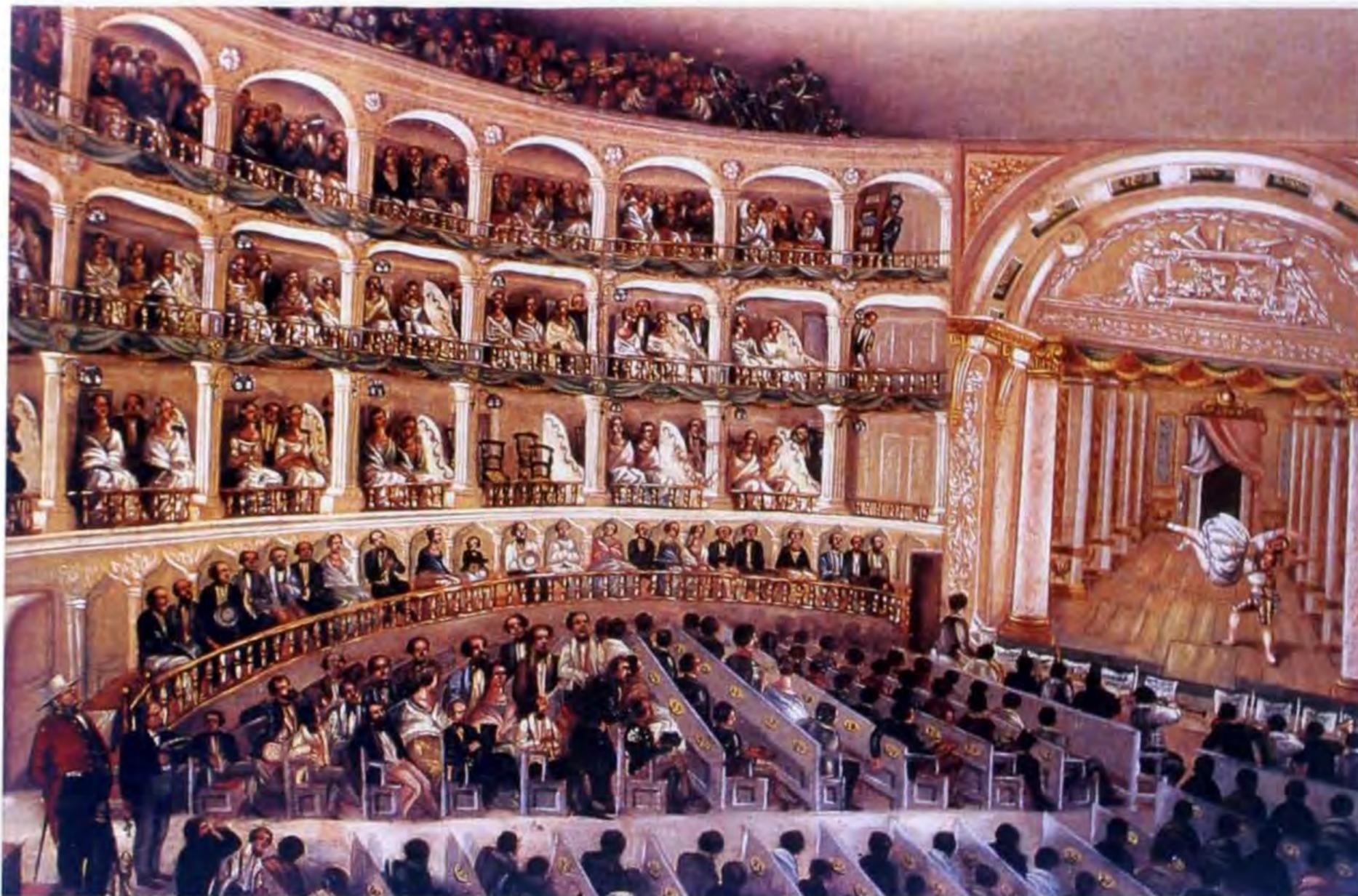
45 Alfred W. Crosby, Jun., *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*. Westport. Greenwood Press, 1964.



El caudillo venezolano José Antonio Páez, óleo sobre tela de autor anónimo, c 1850, conservado en el Museo Nacional de Colombia (*El monumento y sus colecciones*, Bogotá, 1997, pág. 119).

vincente Steve Stern, las ambiciones coloniales se estrellaron contra las rocas de la resistencia indígena. La leyenda negra de la opresión española no peca tanto por exagerar la maldad de los españoles como por subestimar la recursividad de los indígenas, patentizada tanto en la resistencia manifiesta como también, de modo más significativo, en pleitos, disimulos, sobornos, dilaciones y evasiones; en suma, en todas las “armas de los débiles” que James Scott describe en otro contexto<sup>46</sup>. “Se obedece pero no se cumple”, la célebre consigna de los remisos burócratas coloniales, era en igual medida el lema de los aguantadores indios coloniales. Mien-

<sup>46</sup> James C. Scott, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, Nueva Haven, Yale University Press, 1985.



Vista interior del teatro de San Luis Potosí, óleo de P. Romero, siglo XIX (Gustavo Curiel y otros, *Pintura y vida cotidiana en México, 1650-1950*, Ciudad de México, 1999, pág. 175).

tras tanto, con el paso del tiempo la estratificación de castas fue transigiendo ante la movilidad económica y la formación de las clases (como lo han demostrado recientes investigaciones, algunas de ellas de un carácter cliométrico francamente enredado)<sup>47</sup>.

El Estado colonial en la América española y en cualquier parte ofrecía una limitada protección paternalista a los grupos étnicos subordinados. Pero con el colapso de ese tipo de Estado a comienzos del siglo XIX (en todas partes salvo en Cuba, donde la supervivencia del esclavismo requería la continuación del gobierno colonial) dicha protección se anquilosó. Algunos países “amerindios” —Guatemala bajo Carrera o Bolivia bajo Belzú siguieron exhibiendo un paternalismo poscolonial. Pero en general la formación de los estados en el siglo XIX fue racista, centralista y de un darwinismo social. Los indios eran un lastre para el progreso; los inmigrantes europeos eran la solución anhelada. Argentina era el modelo, y un continente de porteños, el ideal esquivo. Especialmente con las bonanzas de productos de exportación —caucho en el Amazonas, henequén en Yucatán, ganado en las pampas argentinas, café en las laderas montañosas de Guatemala—, los indios fueron despojados en forma progresiva y a menudo forzados a trabajar en las plantaciones. La honda brecha étnica de Guatemala, que aún vicia su política, proviene menos de un distintivo legado colonial que de los imperativos de la bonanza cafetera de finales del siglo XIX, cuando cristalizó la división entre indios y ladinos durante la llamada “era liberal”<sup>48</sup>.

En reacción a esto, los intelectuales y los regímenes del siglo XX empezaron a repensar el reto racial latinoamericano. Se subvirtieron las tablas de valores

47 John K. Chance, “On the Mexican Mestizo”, en *Latin American Research Review*, 14:3, 1979, págs. 153-168; Patricia Seed “Social Dimensions of Race: Mexico City, 1753”, en *Hispanic American Historical Review*, 62:4, noviembre de 1982, págs. 569-606; Robert McCaa, “Caste and Marriage in Colonial Mexico: The Case of Parral, 1788-90”, en *Hispanic American Historical Review*, 64:3, agosto de 1984, págs. 477-501.

48 Carol A. Smith, “Origins of the National Question in Guatemala: A Hypothesis”, en *Guatemalan Indians and the State, 1540 to 1988*, Austin, University of Texas Press, 1990, págs. 72-95.



Paisaje andino, dibujo a lápiz hecho por Rugendas a su paso por Bolivia en 1853 (*Alexander von Humboldt. Inspirador de una nueva ilustración de América. Exhibición organizada por el Instituto Ibero-Americano, Berlín, 1988, pág. 102*).

étnicos convencionales. En México, Vasconcelos veía en el mestizo la formación de una nueva raza cósmica. En el Brasil, Gilberto Freyre —refutando tanto a Buffon como a lord Acton— celebraba la fecundidad cultural y biológica del pueblo luso-brasileño. Como los eurófilos racistas a quienes se oponían, estos ideólogos perseguían objetivos políticos, conscientemente o no: buscaban la creación de estados nacionales integrados, comunidades “imaginadas” que en efecto pudieran ser imaginadas por todos los grupos étnicos dentro de sus fronteras. Eran también, en su gran mayoría, intelectuales de elite, rara vez mestizos o mulatos y en ningún caso indios. En América Central y en los Andes tuvieron un éxito limitado. De allí deriva en parte la frágil situación presente de la nacionalidad peruana o guatemalteca. En Brasil y México, sin embargo, se confabularon con fuerzas sociales más poderosas —el mercado, la educación, las artes, la radio, el fútbol— para “forjar una patria”, en palabras de Manuel Gamio, a partir de la diversidad de etnias de estos pueblos<sup>49</sup>. Pero la formación de la nación no implicaba una suave homogeneización. Las distintas clases, regiones y grupos étnicos —incluidos los campesinos y los indígenas— planteaban sus propias ideas sobre la nación: católica o liberal, capitalista o marxista, centralista o federal<sup>50</sup>. Las identidades étnica y nacional, entretejidas sutilmente, no estaban dadas de hecho ni eran monolíticas. Con mayor frecuencia servían a manera de expedientes culturales y de focos de conflictos políticos. Hoy en día, como se resaltó en el año 1992, los indígenas dan a conocer sus propias y más radicales exigencias autonomistas. Y esto no obedece necesariamente a raíces antiguas, tradicionales, telúricas. Los indios mosquitos de Nicaragua encontraron una aliada incongruente pero clamorosa en la Cia; los candidatos a la gobernación del estado mexicano de Oaxaca hacen campaña por los votos de los indígenas mixtecos de California del Sur”<sup>51</sup>.

49. Manuel C. Gamio, *Forjando patria*, Mexico, Editorial Porrúa, 1960.

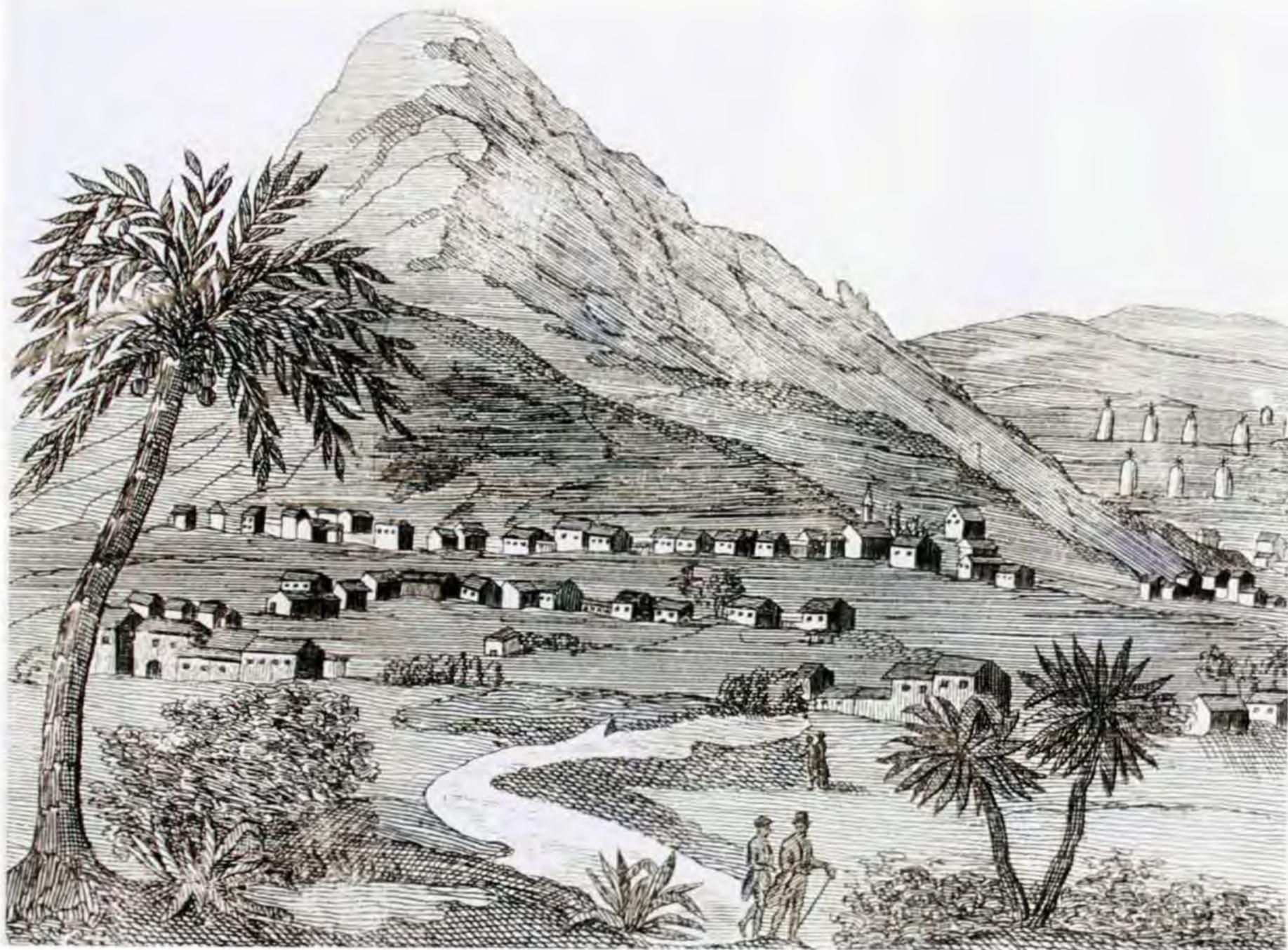
50. Florencia E. Mallon, “Nationalist and Antistate Coalitions in the Andean Peasant War of the Pacific: Junin and Cajamarca, 1879-1902”, en *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World, 18th to 20th Centuries* (Steven J. Stern [ed.]), Madison, University of Wisconsin Press, 1987, pags. 232-270, de la misma autora, “Peasants and State Formation in Nineteenth-Century Mexico: Morelos, 1848-58”, en *Political Power and Social Theory*, 7, 1988, pags. 1-54; Guy Thomson, “Bulwarks of Patriotic Liberalism: The National Guard Philharmonic Corps and Patriotic Juntas in Mexico, 1848-1888”, en *Journal of Latin American Studies*, 22, 1, 1990, pags. 31-68.

51. El 1 de enero de 1994, unas seis semanas después de haber dictado esta conferencia, estalló una importante rebelión en el sureño estado mexicano de Chiapas. Las exigencias y el lenguaje específicamente indígenas figuraron de modo prominente pero la rebelión estuvo lejos de ser el movimiento simple, atávico y étnico que numerosos comentaristas, tanto hostiles como simpatizantes, enseguida supusieron que era.



El Palacio Nacional de la Ciudad de México, detalle de una litografía acuarelada y tinta de Casimiro Castro, c 1855-1856 (Palacio de Iturbide, *Casimiro Castro y su taller*, Catálogo mayo-junio 1996, Ciudad de México, 1996, pág. 67.)

Según ciertos planteamientos simplistas, con la colonización vinieron el capitalismo y la dependencia. Paralelamente a la estratificación étnica se dieron las nuevas divisiones de clases y la América Latina quedó supeditada a las lejanas metrópolis coloniales: primero España y Portugal y luego Gran Bretaña en el siglo XIX y los Estados Unidos en el XX. Estas sucesivas metrópolis absorbían los recursos de sus colonias efectivas o de facto, condenándolas —continúa diciendo la teoría— al subdesarrollo, a trágicos ciclos de bonanzas y desplomes de las exportaciones. Como muchas otras teorías generales, esta contiene la dosis precisa de verdad como para ejercer cierto plausible atractivo. La breve bonanza cauchera del Amazonas en la década de 1890 trajo la esclavitud al Putumayo



“Vista de la ciudad y la montaña de Potosí” (tomada de la *Descrizione fisica generale dell’America meridionale del dottor Giulio Ferrario, adorna di figuri*, vol. I, Palermo, 1860, pág. 115).

y un fastuoso teatro de la ópera a Manaus (o Manaos), mil seiscientos kilómetros río abajo, antes de irse a tierra ante la competencia malaya<sup>52</sup>. La United Fruit Company ejerció una prepotente autoridad en Centroamérica. Pero éstos no son los casos típicos: de hecho, los casos “típicos” no existen. La “dependencia” era compatible con el desarrollo acelerado (ergo, desarrollo dependiente); el crecimiento de las exportaciones —como nos lo recuerda Brenner para el caso de los inicios de la Europa moderna— puede acarrear efectos contrastantes, según sean las circunstancias internas<sup>53</sup>. En el siglo XVIII Ciudad de México era más grande y rica que cualquier ciudad de España, salvo, tal vez, Madrid. En 1914 Argentina tenía un ingreso per cápita más alto que el de la mayoría de los países europeos (de ahí que los historiadores hayan gastado tanto tiempo e ingenio comparándola con Australia y auscultando las causas de su ulterior caída en desgracia)<sup>54</sup>. Entre 1950 y 1980 —la era de la industrialización sustitutiva de importaciones y de la hegemonía económica de los Estados Unidos—, las economías de México y Brasil crecieron a tasas anuales de 7-8 por ciento y se industrializaron en gran medida, hecho del cual Anthony Giddens no parece estar al tanto<sup>55</sup>. Desde luego, en un mundo cada vez más interdependiente —perdón por el cliché— hasta las mayores economías industriales están expuestas a remezones de origen externo, como lo demostró la crisis de la deuda de la década de 1980. Pero una teoría omnimoda basada en el comodín de la “dependencia” y que amalgama al Brasil con Belice es de muy poca utilidad: otro ejemplo de ese tipo de generalización dogmática que sería objeto del escarnio público si se tratara de aplicar a un contexto europeo.

52. Barbara Weinstem, *The Amazon Rubber Boom, 1850-1920*, Stanford, Stanford University Press, 1983.

53. Robert Brenner, “Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe”, en *Past and Present*, 70, febrero de 1976, págs. 30-75.

54. D. C. M. Platt y Guido di Tella (eds.), *Argentina, Australia and Canada. Studies in Comparative Development, 1870-1965*, Basingstoke, MacMillan, 1985.

55. Giddens, *The Nation-State and Violence*, pag. 174.



Alcalde de Quito en día de fiesta en 1862 (Fundación Caspicara, *Gente de Quito: acuarelas de Ernst Chardon*. Almanaque de 1997, con imágenes de la Colección del Museo Nacional del Banco Central del Ecuador).

En oposición a la teoría de la dependencia, con su empeinado énfasis en las relaciones *externas* de la *circulación*, otros han preferido analizar el recorrido de la historia económica de América Latina en cuanto al desarrollo de modos de producción y formación de clases, recalcando así las relaciones *internas* de la *producción* que ejercen mediación sobre las influencias externas; en resumen, optando por el enfoque de Brenner. También esto es susceptible de derivar en formalismos estériles<sup>56</sup>. No obstante, en un nivel de análisis inferior, las más recientes investigaciones sobre las tendencias y agentes socioeconómicos han sido especialmente fructíferas. En muy contadas ocasiones éstas han implicado enfrentamientos cliométricos a ultranza, siendo como es la cliométrica una actividad que, al igual que ese otro producto de exportación amigo de moler altas cifras, el fútbol estado-

56. Aidan Foster-Carter, "The Modes of Production Controversy", en *New Left Review*, 107, 1978, págs. 51-52, 61.



Esclavos raspando yuca, c 1858. Litografía a partir de una fotografía original. Colección Biblioteca Nacional de Río de Janeiro (*Fotógrafos pioneros no Rio de Janeiro. Antología fotográfica*, por Víctor Frond y otros, Río de Janeiro, 1990, foto núm. 8, p.s.n.).

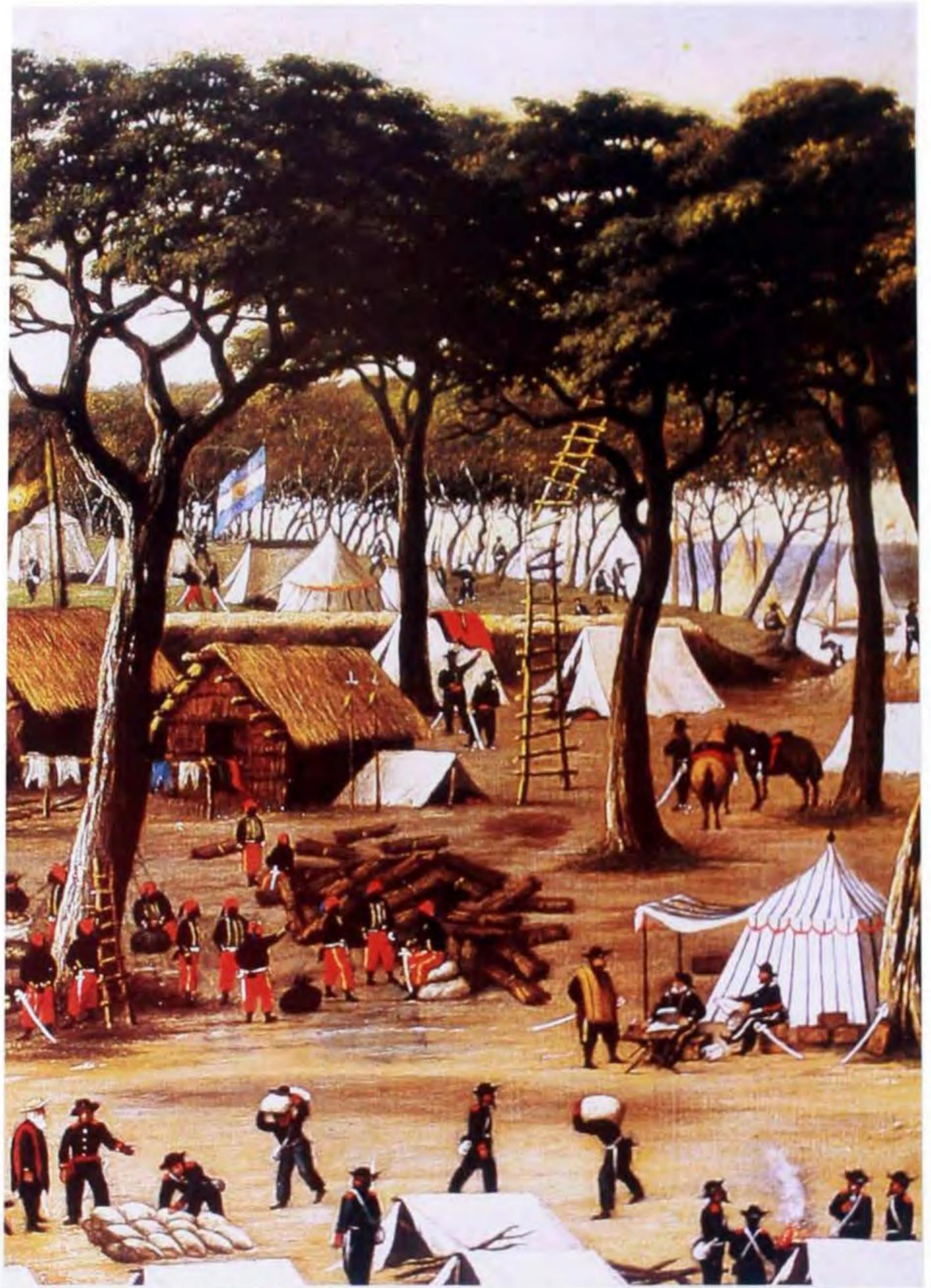
unidense, nunca ha conseguido seguidores constantes en América Latina. Sin embargo, ha habido debates complejos —y enconados— sobre población, tributaciones y mezcla de razas durante la era colonial, debates que involucran los grandes números y una metodología refinada<sup>57</sup>. Con sus voluminosos archivos burocráticos, la colonia es particularmente idónea para este tipo de enfoques. A la inversa, el siglo XIX temprano sigue siendo oscuro en cuestión de estadística, con una historia económica atascada en una Edad de Piedra impresionista y una historia social que, como observa Taylor, es la hija abandonada de una familia por lo demás próspera<sup>58</sup>. Con todo, también aquí los historiadores han logrado avances —por ejemplo, con el uso de archivos notariales— en el rescate del olvido de grupos tan importantes como las mujeres de Ciudad de México, los artesanos de Bogotá o Puebla y la servidumbre doméstica de Río de Janeiro<sup>59</sup>.

En una vena más tradicional, la investigación socioeconómica ha revolucionado nuestra comprensión de la institución fundamental de la hacienda, que ahora sabemos que era una empresa mutable, flexible y con ánimo de lucro, aunque no necesariamente capitalista. También hemos adquirido un conocimiento más adecuado de las relaciones de producción agrarias (criterios claves para quienes rechazan —a mi modo de ver, correctamente— la versión circulatoria de Frank sobre el capitalismo). Sabemos más sobre el reclutamiento, forzado o voluntario, de trabajadores; sobre el sistema de arrendatarios agrícolas y el trabajo concertado, el apogeo y caída del esclavismo (recordemos que Cuba y Brasil fueron los dos últimos reductos de la propiedad de esclavos en el mundo). Sabemos más acerca de los procesos de emigración masiva que crearon las nuevas sociedades de “colonos” del cono sur suramericano o que en tiempos más recientes han multiplicado la población latina del sur de los Estados Unidos. Se nos ha revela-

57. Arij Ouweneel y Catrien C. J. H. Bijleveld, “The Economic Cycle in Bourbon Central Mexico: A Critique of the *recaudación del diezmo líquido en pesos*”, y comentarios siguientes de David A. Brading, John H. Coatsworth, Héctor Lindo-Fuentes y Ouweneel y Bijleveld, en *Hispanic American Historical Review*, 69:3, agosto de 1989, págs. 479-558.

58. Taylor, “Between Global Process and Local Knowledge”, pag. 170.

59. Sylvia M. Arrom, *The Women of Mexico City, 1700-1857*, Stanford, Stanford University Press, 1985; David Sowell, “La teoría y la realidad: The Democratic Society of Artisans in Bogotá, 1842-1854”, en *Hispanic American Historical Review*, 67:4, noviembre de 1987, págs. 611-630; Guy P. C. Thomson, *Puebla de los Angeles: Industry and Society in a Mexican City*, Boulder, Westview Press, 1989; Sandra Lauderdale Graham, *House and Street: The Domestic World of Servants and Masters in Nineteenth Century Rio de Janeiro*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.



Detalle de la acuarela de Cándido López "Vista del interior de Curuzú mirada de aguas arriba, 20 de septiembre de 1866", conservada en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires (Cándido López, introducción Augusto Roa Bastos, textos Marcelo Pacheco, Buenos Aires, 1998, pág. 264)

60. Luis González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 1972. Ejemplos recientes del productivo maridaje de la historia y la antropología se encuentran en Paul Friedrich, *The Princes of Naranja. An Essay in Antrohistorical Method*, Austin, University of Texas Press, 1986, y Daniel Nugent, *Spent Cartridges of Revolution. An Anthropological History of Namiqupa, Chihuahua*, Chicago, University of Chicago Press, 1993.

61. La obra de Daniel James, *Resistance and Integration. Peronism and the Argentine Working Class, 1926-1976*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, es una deliberada y valiosa excepción.

do la vida en el interior de las comunidades campesinas a medida que los historiadores por un lado se han dedicado a la "microhistoria" (resultado lógico del progresivo abandono de la historia nacional en favor de la regional y local) y, por el otro, han trabado una productiva colaboración intelectual con una antropología que por su parte se ha vuelto menos funcional, más histórica; tendencias todas estas que no se limitan, claro está, a la América Latina<sup>60</sup>. De resultados de esto, la historia social latinoamericana ha venido creciendo rápidamente, si bien no tan rápido, hay que decirlo, con respecto a las clases trabajadoras urbanas, cuya historia, impermeable a la antropología, sigue girando alrededor de grandes fuerzas impersonales y grandes acrónimos impersonales<sup>61</sup>. En la mayoría de los ca-



“Un tuzadero”, óleo sobre tela de Ernesto Icaza, c 1920 (Jorge Alberto Manrique, y otros, *La colección pictórica del Banco Nacional de México*, México, 1992).

sos, las vidas de los trabajadores latinoamericanos están por escribirse. El de la creación de la clase obrera mexicana —o cualquier otra— es un proyecto para el siglo XXI.

De cuando en cuando la nueva historia social exhibe las faltas que Tony Judt fustigó en el contexto de Europa: un enfoque excesivamente parroquial que hace caso omiso de la adusta presencia del Estado; el no ver el bosque por culpa de los árboles; el amor sentimental por la patria chica, que si no se contiene puede degenerar en un mísero chovinismo historiográfico<sup>62</sup>. Otra vez vienen a la mente los paralelos con Europa<sup>63</sup>. Pero, en forma más positiva, el viraje hacia la investigación social, local y regional ha permitido a los historiadores lidiar como nunca antes con algunas de las grandes cuestiones de siempre, en especial las atinentes a la historia agraria. Extrañamente, los latinoamericanistas han pasado por alto el *Journal of Peasant Studies* (que se lee a veces como si fuera el órgano gremial de los indigenistas, un muy buen órgano gremial, si a eso vamos). Pero los debates que sus páginas encierran tienen a menudo equivalentes en América Latina, del mismo modo que América Latina puede ahora ufanarse, aunque no con estas mismas palabras, de tener unos “estudios subalternos” de su propia cosecha.

He allí la razón de las discusiones más recientes, que han conseguido unir las grandes teorías y la investigación empírica: ¿Fue la hacienda innovadora o estática, moderada u opresiva? ¿Fue más benigna la esclavitud en la América Latina que en el Viejo Sur norteamericano? ¿El sistema de arrendatarios agrícolas fue casi una forma de esclavitud o el primer paso hacia el trabajo asalariado libre? ¿Cómo fue la colonización y poblamiento de las fronteras vírgenes? ¿Y esta colonización

62. Tony Judt, “A Clown in Regal Purple: Social History and the Historians”, en *History Workshop*, 9, 1979, pags. 66-94.

63. Alan Knight, “Revisionism and Revolution: Mexico Compared to England and France”, en *Past and Present*, 134, febrero de 1992, pags. 181, 195-196.

de nuevas tierras condicionó el desarrollo latinoamericano de igual manera como lo postuló Turner para el caso de los Estados Unidos? Más concretamente, ¿fue la hacienda mexicana ese lastre hipertrófico que Tannenbaum pensaba?<sup>64</sup> ¿Fueron los antioqueños los tesoneros y emprendedores minifundistas que Parsons decía que eran?<sup>65</sup> ¿Y eran los bandoleros del *sertao* brasileño los héroes populares amantes de la libertad descritos por Eric Hobsbawm?<sup>66</sup>

Así, como lo señala el debate entre Stern y Wallerstein<sup>67</sup>, América Latina nos ofrece un caso de prueba crucial para amplios modelos de desarrollo que abarcan varios siglos: desde el que Wolf llama el modo tributario —otros preferirían decir *asiático*— de los imperios precolombinos, pasando por el modo *feudal, colonial o precapitalista* (para utilizar un término seguro pero poco imaginativo) propio de la colonia y del período independiente temprano, y luego por las accidentadas transiciones del siglo XIX hasta el capitalismo consolidado —pero ¿dependiente? ¿importador?— de la actualidad<sup>68</sup>. Hay quienes tuercen sus husmeadoras naricillas empíricas ante estos debates macrohistóricos, algunos quisieran abolir los propios términos de *feudalismo y capitalismo*. Ciertamente, no debemos encerrarnos en una cárcel de modos de producción carente de ventanas. Muchos progresos de la disciplina histórica —por ejemplo, en el terreno de la historia social y cultural— se han hecho casi sin referencia a esos monumentales conceptos macrohistóricos. Pero si abolimos del todo estas referencias, empobrecemos nuestro bagaje conceptual y quizá nos engañamos a fin de cuentas. Como ha observado Braudel, aun si lo expulsamos por la puerta principal, el concepto de ‘capitalismo’ tiende a colarse por la de atrás, con un pobre disfraz. Más aún: si hacemos eso corremos el riesgo de abandonar el campo a los sociólogos (así sean de los que han “captado” la historia), con los triviales resultados que serían de esperarse. Porque, como indica también el debate entre Stern y Wallerstein, es muy probable que el historiador informado en cuestiones teóricas exhiba mucho más tino que el teórico armado de un conocimiento superficial de la historia de América Latina.

El sincretismo y la fusión étnica tuvieron sus contrapartidas religiosas. La América Latina sigue siendo —pese a las recientes y notables incursiones del protestantismo en Centroamérica— la comunidad católica por antonomasia del mundo. Sobre las ruinas de las formas de gobierno indígenas apuntaladas en las religiones, los españoles (y, en menor grado, los portugueses) construyeron un imperio duradero, tarea ésta en la que, al menos hasta finales del siglo XVIII, los religiosos resultaron ser mejores que los soldados. Los cultos y las deidades precolombinas fueron incorporados a un cristianismo sincrético que echó hondas raíces. Así, bajo el caparazón institucional de la Iglesia católica la América Latina adquirió un rico “catolicismo popular” repleto de santuarios, romerías, brujería y chamanismo (un proceso sincrético que se basó, por supuesto, en procesos sincréticos anteriores, tanto de la América precolombina como de la Europa medieval). Como el nacionalismo (contra el que habría de chocar en el siglo XX, en el México de Calles o la Argentina de Perón), el catolicismo no fue una simple imposición desde arriba. No fue necesariamente —aunque sí lo fue a veces— el opio del pueblo. Digamos que hasta se podía construir desde abajo de manera discursiva y herética, como ha demostrado Gruzinski en sus estudios precursoros sobre la disidencia religiosa en el México colonial<sup>69</sup>. También podía servir de vehículo para las movilizaciones y protestas populares. El padre Hidalgo dio comienzo a la lucha por la independencia de México en 1810 izando un estandarte de la Virgen de Guadalupe. Al ser capturados e interrogados, algunos de sus adeptos exhibieron una heterodoxia político-religiosa que hace recordar al Menocchio de Carlo Ginzburg<sup>70</sup>. Ese mismo estandarte sería después desplega-

64. Frank Tannenbaum, *The Mexican Agrarian Revolution*, Washington, The Brookings Institute, 1992; Jean Meyer, “Haciendas y ranchos, peones y campesinos en el porfiriato. Algunas falacias estadísticas”, en *Historia Mexicana*, 35:3, 1986, págs. 477-509.

65. J. J. Parsons, *The Antioqueño Colonization in Western Colombia*, 2ª edición, Berkeley, University of California Press, 1968. Marco Palacios, *Coffee in Colombia, 1850-1970*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980, caps. 8-9.

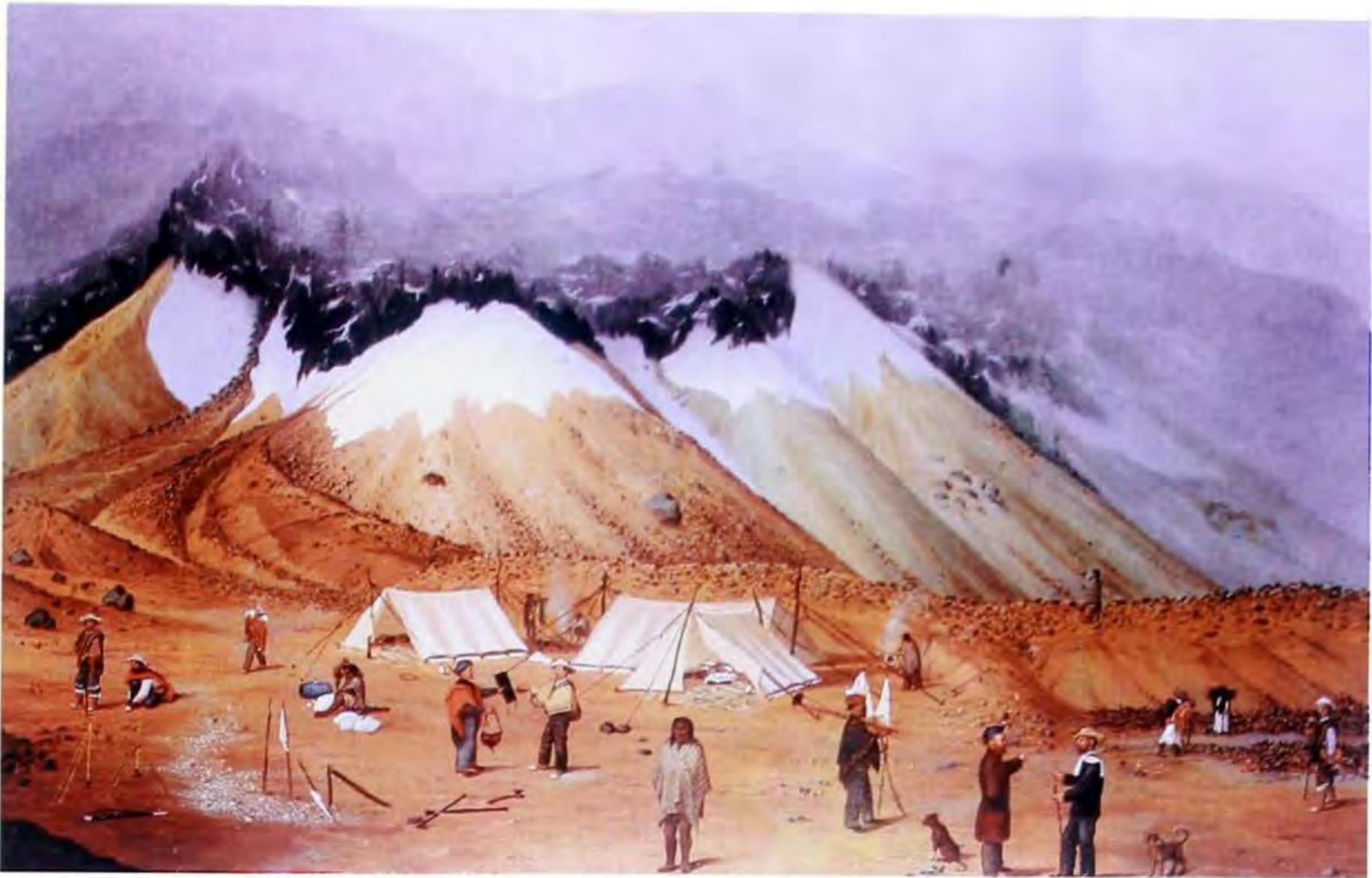
66. Gilbert M. Joseph, “On the Trail of Latin American Bandits: A Reexamination of Peasant Resistance”, en *Latin American Research Review*, 25:3, 1990, págs. 7-53; Richard W. Slatta, “Bandits and Rural Social History”, Peter Singelmann, “Establishing a Trail in the Labyrinth”, Christopher Birbeck, “Latin American Banditry as Peasant Resistance: A Dead-End Trail?”, and Gilbert M. Joseph, “Resocializing Latin American Banditry” en *Latin American Research Review*, 26:1, 1991, págs. 145-174.

67. Stern, “Feudalism, Capitalism, and the World-System”; Wallerstein, “Comments”; Stern, “Reply”.

68. Wolf, *Europe and the People Without History*.

69. Serge Gruzinski, *La colonisation de l'imaginaire. Occidentalisation et sociétés indigènes dans le Mexique espagnol, xve-xviiiè siècle*, Paris, Gallimard, 1988.

70. Eric Van Young, “Millennium on the Northern Marches: The Mad Messiah of Durango and Popular Rebellion in Mexico, 1800-1815” en *Comparative Studies in Society and History*, 28, 1986, págs. 385-413 y “Quetzalcoatl: King Ferdinand and Ignacio Allende Go to the Seashore: or Messianism and Mystical Kingship in Mexico, 1800-1812”, en *The Independence of Mexico and the Creation of the New Nation* (Jaime Rodríguez O. [ed.]), Los Angeles, University of California Press, 1989, págs. 109-127, donde hay algunas indicaciones sobre un próximo estudio de consideración acerca de las mentalidades populares y la insurgencia.



“Campamento de expedición en el cráter del Guagua Pichincha”, óleo de Rafael Troya, c 1876 (Brockmann, Andreas y Michaela Stuttgart, *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*, Casa de Exposiciones, Banco de la República, Biblioteca Luis Ángel Arango, octubre-diciembre, 1996, Bogotá, 1996, pág. 57).

do por Zapata en la revolución de 1910 y por los cristeros católicos cuando hacia 1926 se sublevaron contra un Estado jacobino cuyo anticlericalismo rivalizaba con el de los anarquistas españoles.

En cambio, los pobres del interior del Brasil anduvieron detrás de profetas mesiánicos y fundaron comunidades milenaristas que competían en tamaño y vigor con las ciudades de provincia. Cultos aún más heterodoxos —que amalgamaban el catolicismo y las creencias precolombinas— adhirieron a las insurrecciones de masas de los altiplanos de los Andes en la década de 1780 y del sur de México en la de 1840. Una rebelión musulmana de esclavos sacudió a Bahía, en el noreste del Brasil, en 1834<sup>71</sup>. Según han sostenido algunos, los mineros bolivianos que conformaron las tropas de asalto de la revolución de 1952 formularon su crítica contra el capitalismo a partir de una cosmología religiosa que equiparaba al diablo con el fetichismo de las mercancías<sup>72</sup>.

Dada la gran variedad de experiencias, no es sorprendente que algunas de las más novedosas investigaciones recientes sobre América Latina hayan caído dentro de este campo de la insurgencia popular y la religiosidad. Los mejores trabajos han esquivado tanto la militancia en piel ajena (es mi pueblo, para bien o mal) como el exotismo complaciente. Han ahondado en las razones de obrar de la acción colectiva y el carácter proteico de la religión popular. Porque la religión popular, como todo lo popular, nunca es inmutable y con frecuencia puede ser perfectamente volátil. Todo el tiempo se inventan (y desechan) tradiciones. Hay que tomar con reservas las afirmaciones de los campesinos sobre las costumbres que practican o los derechos que disfrutaban “de tiempo inmemorial”, ya que pueden obedecer más a una táctica que a una tradición<sup>73</sup>. La tradición, como

71. João José Reis, *Slave Rebellion in Brazil: The Muslim Uprising of 1835 in Bahia*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1993.

72. Michael T. Lausig, *The Devil and Commodity Fetishism in South America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980, parte III, June Nash, *We Eat the Mines and the Mines Eat Us: Dependency and Exploitation in Bolivian Tin Mines*, Nueva York, Columbia University Press, 1979.

73. Juan Martínez Alier, *Haciendas, Plantations and Collective Farms. Agrarian Class Societies. —Cuba and Peru*, Londres, Frank Cass, 1977, pag. 51; lo que concuerda con las tesis más generales de James C. Scott en *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, Nueva Haven, Yale University Press, 1980.



“Puente de San Alejo”, cromolitografía hacia 1877 (Palacio de Iturbide, *Casimiro Castro y su taller, catálogo mayo-junio 1996*, Ciudad de México, 1996, p.s.n).

nos lo recuerdan Hobsbawm y Ranger, puede ser un falso ídolo: una buena coartada para los protagonistas de la historia, pero un pésimo concepto organizador para los historiadores de la posteridad<sup>74</sup>.

Pero en la medida en que la tradición pierde todo significado sólido, también lo pierde la modernidad. Y esto me da la oportunidad de saltar hasta el presente y a la última parte de esta conferencia, dirigida menos a los colegas historiadores que a los colegas latinoamericanistas. Alguna vez la teoría de la modernización —y el marxismo— fueron tomados en serio. Eran los dos grandes paradigmas contrarios utilizados para la comprensión de los modelos de desarrollo social a gran escala, en América Latina y en todas partes. Ambos tenían linajes distinguidos (Marx, Engels, Lenin, por un lado; Durkheim, Toennies, Maine, Weber, por el otro). Pero así como el marxismo fue desvirtuado por sus adeptos, la teoría de la modernización se convirtió también en otro cajón de sastre, repleto de normas etnocéntricas. Como tal, fue puesta en la picota con justicia —si bien nunca se llegó a su eliminación final— por algunos críticos agudos. La moda del marxismo —el macro-marxismo integral de la década de 1960— ha pasado ya, para siempre o no; y la teoría de la modernización, maltrecha y olvidada, no ha recibido una rehabilitación formal. Pero sigue viva, bajo diversos seudónimos: por ejemplo, en el gran neohegelianismo de Fukuyama<sup>75</sup>, en el discurso de los políticos “modernizantes” de todo el continente y en los comentarios de paso de algunos historiadores y científicos sociales que están tan convencidos de la utilidad y precisión del término *modernidad*, que hablan confiadamente de sociedades posmodernas y de posmodernidad.

Algunos, como François-Xavier Guerra, construyen esquemas interpretativos completos a partir de la vieja dicotomía entre la tradición y la modernidad, ex-

<sup>74</sup> Eric Hobsbawm y Terence Ranger. *The Invention of Tradition*. Cambridge, Past and Present Pubs, 1983.

<sup>75</sup> Francis Fukuyama. *The End of History and the Last Man*. Harmondsworth, Penguin Books, 1992.



Litografía publicitaria del tabaco cubano, 1897 (Zoila Lapique, *La mujer en los habanos*, La Habana, 1996).

trayendo sustento de las corrientes historiográficas de Europa, en especial de Francia<sup>76</sup>. Los conflictos sociales y de clases son enviados al cuarto de los trastos y las ideas y la cultura (con frecuencia la cultura de las elites) se convierten en los principales motores de la historia, emanadas de Francia y de ese *big bang* primigenio de la modernidad que sería la Revolución Francesa. Considerada por los reduccionistas económicos “dependistas” como una economía por reflejo controlada por Europa, la América Latina se convierte ahora en una cultura por reflejo, en un apéndice ideológico de la Europa latina. Hay dos objeciones principales. La primera, que las influencias ideológicas externas —sea el catolicismo tridentino, el liberalismo pos-1789 o el socialismo del siglo XX— sólo se pueden entender tal como fueron mediadas y moldeadas por sus recipientes de América Latina, no todos ellos pertenecientes a las elites. La segunda, como muestran los trabajos de Thompson en Inglaterra y Vovelle en Francia, que el estudio del cambio cultural —en religión, literatura, filosofía política— no tiene que ser por fuerza una *Ideengeschichte* incorpórea; que lo mejor es analizar el cambio social en compañía de los procesos socioeconómicos de desarrollo capitalista, urbanización y formación del Estado<sup>77</sup>.

Estas tendencias historiográficas —y de las ciencias sociales— son tanto más significativas por cuanto, hasta un grado desconocido en Gran Bretaña (salvo, tal vez, hasta hace muy poco), la política en América Latina está impregnada de historia e ideología. Es, como observara alguna vez Charles Anderson, un “museo viviente”, no sólo por la notable longevidad de algunos líderes políticos latinoamericanos, quienes parece que, alargadas sus vidas por años de anhelar el poder desde el exilio o la proscripción, exhiben poderes de recuperación y longevidad dignos de un Gladstone (recuérdese a Perón, Paz Estenssoro, Haya de

76. François-Xavier Guerra. *Le Mexique de l'ancien régime à la révolution*, 2 tomos. Paris, L'Harmattan, 1985.

77. Michel Vovelle. *Ideologies and Mentalities*. Cambridge: Polity Press, 1990, págs 1-12.



“Una avenida a la francesa”, fotografía de autor anónimo, c 1905 (*Buenos Aires anteayer: testimonios gráficos de una ciudad, 1854-1910*, Buenos Aires, 1993, pág. 40).

la Torre, Lionel Brizola), sino también en virtud de la persistencia de los mitos, símbolos e ideas históricas, muchos de una flexibilidad tal que permite invocarlos para legitimar regímenes y políticas opuestas. En México, el presidente Salinas arrasa en nombre de la revolución el legado institucional de la Revolución Mexicana y funda un Instituto de Liberalismo Social que fomente la nueva filosofía legitimadora de su gobierno. En Argentina, un presidente peronista subvierte la tradición peronista, y los voceros del peronismo nos informan solemnemente que el principal mentor ideológico de Perón no fue Sorel ni Nietzsche, sino Friedrich von Hayek. Así, aunque (o acaso precisamente porque) el continente pasa por una dramática fase de “reestructuración” económica, penuria social y reordenamiento político, los hombres de Estado, los ideólogos y los observadores tratan de agarrarse de las briznas históricas que tienen a mano, algunas de ellas prendidas de los irrisorios estereotipos y prejuicios que fustigaba yo páginas atrás.

A menudo invocan el pasado con el fin de repudiarlo. Se pasa otra página, se gesta un nuevo orden. La modernidad triunfa sobre la tradición atávica. Los viejos modelos —substitución de importaciones, populismo, pretorianismo, estatismo y nacionalismo exaltado— sufren el sino de los dinosaurios, exterminados —según nos informa un artículo de *The Economist* [“Yes, we have no mañanas”] que ejemplifica todo un género— por una explosión meteórica de liberalismo político y económico<sup>78</sup>. América Latina se encuentra en el umbral de un nuevo orden de economías abiertas, elecciones democráticas, procesos políticos transparentes y sociedades civiles llenas de vitalidad. A lo que los cautelosos por temperamento y los informados en cuestiones de historia podrían responder: ¡Ojalá que así sea!

78. *The Economist*, 11-18 de noviembre de 1993.



“Fusilamiento de Arcadio Jiménez, Hilario Silva y Marcelino Martínez” en Chalco, el 28 de abril de 1909 fotografiado por Agustín Víctor Casasola (Pablo Ortiz Monasterio [comp.], *Jefes, héroes y caudillos*. Archivo Casasola, México, 1986, pág. 14).

Y es que las noticias del nacimiento de la modernidad han sido, sospecho yo, bastante exageradas. En primer lugar, nunca está claro qué se entiende por “modernidad”. El libre comercio no es nuevo en absoluto: predominaba a comienzos del siglo XX y sólo vino a perecer víctima de la guerra y la recesión. Ayer apenas el TLC pasaba por un pelo, mientras que el Gatt está en suspenso<sup>79</sup>. Más claramente aún, el liberalismo político ha demostrado ser frágil, a veces formalista y no necesariamente relacionado en forma funcional con el liberalismo económico. Las fases democráticas llegan y se van, alternadas con interludios pretorianos y, últimamente, de autoritarismo burocrático. Un estudio reciente demarca un período específico en el que “por todo el continente cayeron las dictaduras, se movilizaron las fuerzas democráticas y se realizaron elecciones con niveles de participación relativamente altos”<sup>80</sup>. ¿Se habla de la década de 1980 y la contribución de América Latina a la visión panorámica de Fukuyama? ¿O de comienzos de la década de 1960 y de los resultados de la Alianza para el Progreso? En realidad, de ninguna de las dos cosas: el texto se refiere a un breve verano democrático a mediados de la década de 1940 que no tardó en sucumbir ante las heladas de la guerra fría. En cada ocasión los corifeos instantáneos saludaron el nuevo proceso estable de progreso y modernidad (en esas mismas palabras). Pero lo que obtuvimos —y lo que los registros históricos habrían pronosticado— no fue tanto un universo estable como uno oscilante; uno que seguía ciclos recurrentes, aunque no idénticos, en vez de una trayectoria recta. Además de eso, como también lo pronosticaban los registros históricos, los virajes manifiestos encubrían a veces ciertas continuidades subyacentes: las redes de clientelismo y reparto burocrático, las maquinarias políticas y las poderosas familias asidas al poder resultaron capaces de convivir con los sucesivos y diversos regímenes. La prosopografía —que es quizás la metodología moderna preferida por los historiadores políticos— con frecuencia conducía mejor a la realidad que la ideología.

79. La maratónica ronda de Uruguay terminó al fin, tras numerosas dilaciones y alarmas, cinco meses después.

80. Bethell y Roxborough, *Latin America Between the Second World War and the Cold War*, pág. 2.

Entretanto, como sugiere la referencia a la Alianza para el Progreso, los Estados Unidos, que oscilaban de igual modo entre el intervencionismo y la indiferencia, contribuían con su formidable peso a estos cambios de percepción. Decían promover la democracia y las garantías constitucionales y en ocasiones eso hacían. Más a menudo hacían la vista gorda ante ambas cosas, o incluso conspiraban para subvertirlas, obedeciendo a intereses de la guerra fría. “La retórica democrática”, como escribe Martz, se convirtió en la “racionalización de diversos casos de intervención o indiferencia”: y las intervenciones respondían típicamente a una decisión precipitada<sup>81</sup>. Guatemala (1954) iba a ser “la próxima Grecia o Checoslovaquia”<sup>82</sup>. La revolución guatemalteca fue aplastada mientras que la boliviana, casi simultánea, fue abrazada... o asfixiada, como dirían algunos<sup>83</sup>. Durante los primeros treinta años del siglo XX los Estados Unidos mantuvieron un protectorado sobre Cuba; en los veinticinco siguientes, ejercieron una hegemonía de facto; en los últimos treinta, tras una crisis que puso al mundo al borde de una guerra atómica, han mantenido un bloqueo económico, bloqueo que desde el derrumbe de la Unión Soviética parece resultarles cada vez más penoso y contraproducente. Ahora se supone que un bloqueo de Haití promoverá ostensiblemente la democracia y depondrá una camarilla militar antes financiada por la Cia. Históricamente, la política estadounidense en respuesta a prioridades globales como la supuesta amenaza soviética, o a presiones internas como las de la vociferante comunidad cubano-estadounidense, poco se ha ocupado de las realidades latinoamericanas y —pese al caudal de estudios académicos generados en Estados Unidos— ha mostrado poca capacidad de asimilar las enseñanzas de la historia de América Latina. Como le dijo Henry Kissinger al ministro de Asuntos Exteriores de Chile en 1969, haciendo eco a sentimientos que mencioné al principio: “Viene usted aquí a hablar de América Latina, pero eso carece de importancia. Nada importante puede venir del sur. La historia nunca se ha producido en el sur. El eje de la historia empieza en Moscú, pasa por Bonn, cruza hasta Washington y va a terminar en Tokio. Lo que ocurre en el sur carece de importancia”<sup>84</sup>.

Podemos observar de pasada que Gran Bretaña, a pesar de ciertas intromisiones activas a comienzos del siglo XIX, ejerció su supuesto predominio con mayor discreción, al menos en lo que de Whitehall dependía<sup>85</sup>. En lo tocante a la América Latina, dijo alguna vez lord Salisbury, el gobierno de su majestad no estaba “dispuesto en lo mínimo a inmiscuirse en los designios de la providencia”<sup>86</sup>; menos aún por cuanto en ese entonces Gran Bretaña se inmiscuía en los designios de la providencia en tantas otras partes del mundo, y América Latina no era una prioridad estratégica como Egipto o África del Sur. Con el tiempo, a medida que los intereses económicos británicos declinaban, América Latina se fue volviendo cada vez más periférica, irrelevante incluso. Sin embargo, una disputa con América Latina, reliquia de un olvidado pasado imperial, fue la que envió a toda máquina sus fuerzas militares con destino a una guerra en el Atlántico sur hace cosa de diez años.

Por supuesto, es fácil disparar desde seguro contra la política de los Estados Unidos y desinflar los entusiasmos ahistóricos de los corifeos amigos del presente. Pero hasta los científicos sociales serios que trabajan con las mejores intenciones pueden pecar de cierta amnesia colectiva. La gigantesca industria de la “democracia” —con su reduplicada producción de estudios colectivos sobre la caída, transición y consolidación democráticas entre las décadas de 1960, 1970 y 1980— contiene algunos ejemplos sospechosamente ahistóricos, caracterizados por un positivismo pertinaz. El redescubrimiento reciente de la sociedad civil, en especial de los denominados “nuevos movimientos sociales”, fue reflejo no sólo de un cambio

81 John D. Martz, “Images, Intervention and the Cause of Democracy”, en *United States Policy in Latin America. A Quarter Century of Crises and Challenges, 1961-1986*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1988, pág. 308.

82 Lars Schoultz, *National Security and United States Policy toward Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 1987, pág. 14.

83 Kenneth D. Lehman, “United States Foreign Aid and Revolutionary Nationalism in Bolivia, 1952-1964. The Pragmatics of a Patron-Client Relationship”, tesis doctoral, Universidad de Texas en Austin, 1992.

84 Michael J. Francis, “United States Policy towards Latin America: The Kissinger Years”, en *United States Policy toward Latin America* (Martz [ed.]), pág. 30.

85 El distrito de Whitehall ha llegado a ser sinónimo de la administración pública de Gran Bretaña para distinguirla del gobierno de partido. (Nota del traductor)

86 Miller, *Britain and Latin America*, pág. 63.

objetivo en la realidad de América Latina (lo que puede ser discutible), sino también de un viraje de la agenda investigativa, en parte proveniente de Europa, en el que los análisis de clase fueron dando paso a los de género y comunidad, y los cultores de la ciencia política, enamorados hasta entonces del Estado, las elecciones y las elites, descubrieron la sociedad civil, las mujeres y las asociaciones vecinales, suponiendo equivocadamente que sólo en tiempos recientes habían cobrado vida como actores sociopolíticos importantes<sup>87</sup>. En un caso más específico, el de Sendero Luminoso en el Perú, los presuntos expertos (algunos de ellos de cosecha bastante reciente) sucumbieron a la atracción de lo exótico y echaron mano de explicaciones turbias basadas —con frecuencia de manera incorrecta— en antiguos atavismos andinos<sup>88</sup>.

He dicho que los historiadores cometían de por sí suficientes errores. Pero el interés histórico —y, debería añadir, antropológico— en las comunidades, en especial las pequeñas comunidades locales, en cuestiones de identidad, etnicidad, clase y últimamente género, ya estaba bien cimentado. Y, hablando en forma más general, el interés histórico por lo particular, lo ambiguo, lo cíclico y lo no-cuantificable (que a fin de cuentas abarcan la mayoría de las actividades humanas), si bien no producía enseñanzas fáciles, al menos sí ofrecía un correctivo para las grandes teorías y los entusiasmos efímeros. Después de todo, los políticos —y algunos especialistas en ciencias sociales— pueden caer sobre los objetivos del momento y volar luego cual si fueran langostas, dejándolos pelados, por así decirlo: Chile en la década de 1970, Nicaragua en la de 1980. Ellos no invierten tiempo en los archivos (como tampoco, lo admito, ciertos historiadores): viajan ligeros de equipaje, sin el estorbo de la excesiva erudición. El presidente Reagan, un reconocido caso extremo, no estaba a veces muy seguro de en qué país estaba. No es de extrañarse que estos personajes se equivocaran en cantidad de cosas, lo que no era óbice para que pregonaran remedios de curandero.

Aunque no me hago exageradas ilusiones sobre el poder de la historia para corregir estas tendencias, tal poder (en potencia, ya que no en acto) ofrece una justificación práctica para el estudio de la historia, en este caso la de América Latina. Si, por ejemplo, a los promotores del neoliberalismo, roncocos de predicar el evangelio, se les dice que su padre intelectual —Adam Smith— habría puesto pies en polvorosa ante su racionalismo dogmático, probablemente no prestarían oído. Pero ésa no es razón para quedarse callado<sup>89</sup>. Si los entendidos deciden satanizar a Sendero Luminoso, alabar al presidente Menem o apostrofar el Nuevo Orden Mundial, lo más posible es que los contradiga la cascada de los acontecimientos más que una cuidadosa refutación intelectual; pero no es malo que la refutación intelectual completamente o, mejor aún, prevea, la implacable y reveladora marcha de la historia. Sabemos ya eso de que la historia nos dota de percepción tardía; pero a veces nos dota también de visión anticipada, de la posibilidad de saber las cosas antes de que sucedan. Esta afirmación puede sonar vanagloriosa, de un imperialismo intelectual. Corre también a contrapelo de la opinión común de que la historia, aunque es un ejercicio intelectual válido como el ajedrez o el crucigrama de *The Times*, es esencialmente un fin en sí misma; una fuente de diversión y enriquecimiento intelectual; arte por amor al arte. Yo no niego que sea todo eso. Pero, si se me permite ceder a la moda y tomar prestada una distinción de la crítica literaria, diría que la historia comprende tanto una dimensión estética como una eferente<sup>90</sup>. La primera conlleva, por ejemplo, el interés intrínseco por contemplar con Hernán Cortés la esplendorosa vista de la ciudad azteca de Tenochtitlán o estar en silencio en una cumbre del Darién, oteando el Pacífico con mirada de águila<sup>91</sup>. La segunda —la dimensión eferente implica la obtención y transmisión de conclusiones, la adquisi-

87. Alan Knight, "Historical Continuities in Social Movements", en *Popular Movements and political Change in Mexico* (Je Foweraker y Ann L. Crag [eds.]). Boulder y Londres, Lynne Rienner, 1990, págs. 78-102.

88. Deborah Poole y Gerardo Remque, "The New Chroniclers of Peru: U.S. Scholars and their 'Shining Path' of Peasant Rebellion", en *Bulletin of Latin American Research*, 10.2, 1991, págs. 133-191.

89. Laurence Whitehead, "Introduction: Some Insights from Western Social Theory", en *World Development*, 21.8, agosto de 1993, págs. 1245-1261. David McNally, en *Political Economy and the Rise of Capitalism*, Berkeley, University of California Press, 1988, ilustra la brecha que hay entre lo dicho originalmente por Smith y lo que ahora los neoliberales dicen que dijo.

90. Louise Rosenblatt, citada por Donald J. McCloskey en *If You're so Smart: The Narrative of Economic Expertise*, Chicago, University of Chicago Press, 1992, pág. 29.

91. Parafraseando el celebre soneto de Keats titulado *On First Looking into Chapman's Homer*, en el que el poeta atribuye a Cortés esta visión del Pacífico desde una cumbre del Darién. [Nota del traductor.]



Miembros del Club de Recreación de Porto Nacional, Goiás, Brasil, 1911 (*Science heading for the backwoods: Images of the expeditions conducted by the Oswaldo Cruz Institute scientists to the Brazilian hinterland, 1911-1913*, Río de Janeiro, 1991).

ción de un conocimiento que sea científico, acumulativo y productivo, incluso a veces en un sentido práctico, contemporáneo. La historia por amor a la historia y la historia con un propósito. Ambas formas existen, ambas pueden coexistir beneficiosamente<sup>92</sup>.

Llego así ahora a mi conclusión. Hoy hace ochenta y tres años —el 18 de noviembre de 1910— estalló la Revolución Mexicana. Comenzó con un súbito e inesperado tiroteo en la antigua ciudad colonial de Puebla. Podría extenderme largamente sobre el tema<sup>93</sup>. Pero sólo quiero hacer notar un hecho trivial: la revolución que estalló el 18 de noviembre debía comenzar, según el plan revolucionario de San Luis, dos días después, el 20 de noviembre (fecha oficial de su celebración). Los mexicanos, contradiciendo todos los estereotipos que se les endilgan, comenzaron dos días antes su revolución. De ahí en adelante —y esto va más en serio—, los revolucionarios victoriosos establecieron un régimen, régimen que se dice revolucionario y que hasta el día de hoy sigue en pie, con un partido de gobierno que ha cumplido sesenta y cuatro años seguidos en el poder, sobrepasando al partido comunista de la Unión Soviética, al partido comunista chino, al partido del Congreso de la India, a los liberales del Japón y a los demócratas cristianos de Italia. “Si quieres una revolución, vete a la América Latina”, decía la valla de Douglas Hurd. Pero probablemente perderías el tiempo yéndote para México<sup>94</sup>. Claro que México no es típico (repito: ningún país es típico). Pero en general los estereotipos son pobres guías para la comprensión, histórica o de cualquier otra índole. También lo son las dicotomías simples y las categorías acomodaticias para el análisis instantáneo. *Necesitamos* teorías generales, comparaciones y “conceptos organizadores” útiles, pero tenemos que evaluarlos y revisarlos a la luz del material empírico. No

92. Howard, “The Lessons of History”; Hugh Trevor-Roper, en “The Past and the Present: History and Society”, conferencia dictada en la London School of Economics, 1969, concuerda en que “es correcto [...] buscar enseñanzas en el pasado, ver su relevancia respecto del presente, observar señas de continuidad, conexión y progreso”.

93. Alan Knight, *The Mexican Revolution*, 2 tomos, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

94. El alzamiento de Chiapas mencionado arriba (nota 47) parecería desmentirme y dar la razón a la valla. Pero ese alzamiento (el mayor en México desde 1929) no fue una revolución; y, a diferencia de las insurgencias centroamericanas de la década de 1980, llevó a una negociación rápida, no a una guerra prolongada.



Detalle del fresco "El agitador", pintado en 1926 por Diego Rivera en el templo de la Universidad Autónoma de Chapingo (Pintura mural mexicana, versión en español Rodolfo Peña García, México D. F., 1997).

deben ser impuestos sobre una colección de datos seleccionada de antemano. Además de eso, debemos resistirnos al encanto del exotismo. Si los gauchos y los indios guaraníes con sus extraños hábitos y raras indumentarias nos parecen exóticos, ¿cómo nos verán ellos? Si el pasado es un país extranjero, toda forma de historia contiene elementos exóticos. El realismo mágico puede funcionar en la literatura, pero es el beso de la muerte para la historia y las ciencias sociales. Piensen lo que piensen Simon Schama o algunos deconstructivistas radicales, las narraciones históricas no son el equivalente de los textos de ficción. Constituyen un género distinto, género que ciertamente requiere imaginación, pero también fidelidad a las evidencias.

El pasado fin de semana Oxford fue anfitrión de un simposio internacional sobre el poeta y premio Nobel chileno Pablo Neruda. Al concluir su disquisición ante una distinguida asamblea de nerudólogos, el doctor Hernán Loyola aplaudió a la Universidad de Oxford por constituirse en un importante centro de nerudología, en particular por rescatar a Neruda de las tendenciosas apropiaciones ideológicas y de los lastres del exotismo grotesco; en otras palabras, por incorporar al poeta y su obra en la corriente principal de la literatura universal, donde ambos tienen un lugar más que merecido. Lo que vale para Neruda no vale menos para el continente y la cultura que le dieron existencia: merecen ellos un lugar propio (y una cátedra); destacan por sí solos; pueden y deben hacer un aporte a los más amplios campos de la historia y los estudios de América Latina. La historia de la periferia, en suma, no debe seguir siendo netamente periférica.